

Como alguien que está perdido

Como alguien que está perdido

Marcelo Britos



Britos, Marcelo

Como alguien que está perdido. - 1a ed. - Rosario : El Ombú Bonsai, 2011.

124 p. ; 18x14 cm.

ISBN 978-987-26267-3-0

1. Narrativa Argentina . 2. Cuentos. I. Título.
CDD A863

© Marcelo Britos 2011

© El ombú bonsai

Este ejemplar ha sido tratado ejemplarmente, y se jacta de ser único en su especie. Fíjese el lector que en el encuadernado artesanal encontrará su sello. Este libro que usted tiene en sus manos es el número entre los primeros 100 ejemplares que se hicieron.

El ombú bonsai

[facebook.com/elombubonsai](https://www.facebook.com/elombubonsai)

www.elombubonsai.com.ar

correo: elombubonsai@gmail.com

Verdún

No hice más que pedirle que cerrara la persiana para evitar el calor y la luz que suben con la mañana, el calor seco y quemante que rasga la mirada y la piel de los brazos. Podría haber evitado los gruñidos y sencillamente haberla cerrado, al menos por cortesía; no tenía más que estirar su mano hacia la cinta y dejar que se deslizara entre sus dedos. No había esfuerzo ni cálculos mentales en la tarea, sólo un simple movimiento mecánico. De todas maneras –pienso mientras contengo un acceso fugaz de ira– no vale la pena este minuto de fastidio, ni siquiera correr la silla hacia atrás con las piernas y levantarme para hacerlo yo mismo, porque en este instante inmediato a esa pequeña desavenencia eso puede interpretarse como una respuesta a la provocación, y supongo que es así como comienza una gran discusión: con un primer disparo, un malentendido, cualquier nimiedad que desatará la tormenta. Las guerras están preparadas desde hace tiempo, sólo basta eso para que comiencen.

No he logrado que comprendiera –ya han pasado años de explicaciones y sucesos como éste– que odio el sol, sobre todo el sol del comienzo del día, el que irrumpe en la oscuridad a la que se acostumbraron los ojos en la sombra, mostrando lugares distintos a los que

quise imaginar en la oscuridad. Será porque delata los defectos o porque anuncia el final de una noche desnuda y fresca que fue una tregua a la rutina; o sencillamente porque es en ese momento cuando entendemos que se ha agotado el tiempo para intentar que fuera así. Y no es sólo el sol. A esta hora nuestro vínculo es volátil, un globo cayendo por encima de la estufa. Con la convivencia comprendimos que el silencio es el medio más propicio para sobrellevar este punto del día, una atmósfera donde nada se pudre, donde todo lleva su ritmo sereno y natural hasta la media mañana; allí pueden salir las palabras y acaso alguna risa. Después me voy al trabajo y al volver, cuando alcanzo a verla despierta, ya estamos deshechos, con ganas de nada. Cenamos también en silencio, pero es distinto, hay una complicidad, una sonrisa que acuerda nuestra pelea en la vida; juntamos nuestras espaldas para enfrentar a todos y en ese momento estamos parados sobre los vestigios del enemigo, heridos y satisfechos.

El relato de lo que hemos hecho la noche anterior suele ser el ritual que ella prefiere para empujar las palabras, como si dormir fuera el descanso de una larga lectura y fuera estrictamente necesario recordar el lugar en donde recobrar el hilo. Los martes y los viernes por la noche salimos solos, cada uno por su lado. Ella siempre encuentra una actividad con sus amigas, yo suelo ir al cine. Los martes Cineclub y el resto de los días cualquier cosa que pueda ver y dejarme llevar por el vértigo de

ruido y colores, efectos especiales, chistes imbéciles. A la mañana siguiente, cuando me toca hablar, le cuento las películas. Creo que la mayoría de las veces no oye, sólo hace preguntas con datos inútiles que desprende de mi relato, como si fueran palabras que puede oír en un teléfono roto o sin señal. No es el caso de anoche, que fue la reunión anual con los compañeros del secundario y ella está esperando, ahora más accesible y amable, que comience a hablar. Deja en mis manos la taza de café con leche –un cuenco donde puedo bañar las tostadas y recoger los despojos con la cuchara–, y se sienta frente a mí con el mate, esperando.

Nos graduamos en el año ochenta y siete. Mucho después aprendí a recordar esa época con hechos que me enlazan a un tiempo concreto, un tiempo con fechas e imágenes de televisión: el levantamiento carapintada, el principio del final de otro gobierno. Los primeros reencuentros fueron una continuación breve de los últimos meses en el colegio, del viaje de estudios, de las hojas de las carpetas flotando desde las ventanas, las ceremonias que se repiten de forma inevitable para esconder –todos queremos esconder– la irreversibilidad del tiempo. Eran excusas para beber en los bares donde hasta entonces nos reuníamos los sábados, para compartir los nuevos códigos de una vida extraña que comenzaba en la universidad, en los trabajos, en el día libre e interminable.

Después del quinto aniversario las reuniones comenzaron a organizarse en la parroquia del colegio; estaban a

cargo de una comisión de ex alumnos. Cenas mejores servidas, pero sin novedades –las repeticiones inevitables–, salvo Tito que siempre fue una novedad, en ese momento arquero titular de la reserva de Central; ya había ido a un mundial juvenil en Arabia Saudita. Había que esperar hasta la breve madrugada que nos permitíamos para recordar las anécdotas que ya eran viejas, y volver a reír y empujar la risa como quien empuja al primero de una fila que termina en el hueco de un volcán.

Me resisto a la obsesión de juntarme con las viejas amistades, generalmente con las que ya no tenemos demasiado en común; todo parece un álbum con fotografías de colores opacos. Ella sí lo hace. Incluso hasta el día de hoy se reúne con las compañeras del colegio primario. Cuando llega su turno de hablar en la mañana suele contarme sobre esas reuniones y ambos comprendemos, sin decirlo, que nada de lo que han compartido tiene que ver con travesuras, con sobrenombres, con bromas ingenuas. Son un grupo de mujeres que intercambian las señales del fracaso y comentan consternadas el fracaso de los demás.

Yo no he vuelto al colegio primario, ni he vuelto a ver a mis viejos compañeros. También es católico y está frente a la plaza Buratovich. En aquel entonces tenía el patio de tierra y un gimnasio al que estaba prohibido entrar. Allí guardaban animales embalsamados, un arca de Noé con fieras muertas. En la fiesta de fin de curso arrastramos del gimnasio un castor y lo despedazamos a

patadas, el relleno del animal esparcido por las galerías, como si nos desahogáramos de esa norma estúpida, de los reglazos en las manos, de las penitencias en el viaje de estudios a Córdoba.

Sin embargo, a pesar del tiempo, puedo reconocer a cada uno de ellos por la calle. A veces los sorprendo en los supermercados, caminando por la peatonal, en las hileras de los bancos. Los llamo por el nombre y por el apellido, les recuerdo dónde se sentaban en cada salón, les recuerdo hechos que los refieren, de los que ellos ya no guardan ni rastros. Me miran sorprendidos, incómodos, como si los acusara de algo, un demente que pasa las tardes en un sótano rodeado de sus fotos, buscando datos en la guía telefónica. Siento de ellos un desapego, un desprecio por compartir conmigo ese lugar, una vergüenza que debe ocultarse y que los compromete con un signo deplorable.

El invierno pasado regresé de Buenos Aires y en la Estación Terminal tomé un taxi hasta casa. El chofer iba también a esa escuela, un grado adelante. Sabía su nombre, quiénes eran sus compañeros, sus amigos. No los recordaba. Al menos el viaje fue para él un recorrido entre la sorpresa por redescubrir algo que se había perdido en la niebla de su niñez y la nostalgia que obligaba a recordar, como si los dos estuviéramos allí, parados frente al mástil, cantando Aurora, viendo llegar con felicidad el calor que marcaba el final del año. Después surgieron amigos en común y el devenir que

lleva siempre a comprender cómo la vida los fue marchitando, como probablemente estemos marchitos él y yo, y otros finjan sorprenderse de ello.

Siempre tuve una memoria prodigiosa. En el último cumpleaños me regaló un libro de Carver. Tres rosas amarillas. Nunca me ha regalado algo que no hubiera deseado. En uno de los cuentos, uno de los personajes memorizaba cada dato de una manera exacta, escalofriante, igual al Funes de Borges, igual a mí, como si fueran un reflejo borroso de mi memoria. Puedo recordar cosas insólitas, como un capítulo del Tratado de Derecho Civil de Borda, Parte General, Ausencia con Presunción de Fallecimiento. Puedo recordar con exactitud retazos de la historia que alguna vez he leído. La batalla de Verdún, en el nordeste de Francia. Sé, claro y preciso, que empezó en febrero y terminó en diciembre de 1916. Que el comandante francés era Philippe Pétain y el alemán Erich Von Falkehayn. Que murieron un cuarto de millón de hombres –también con el tiempo tomé conciencia de esas muertes, de un cuarto de millón de viudas, de muchos hijos que fueron más viejos que los padres que no volvieron–. Que Verdún era una fortaleza inexpugnable y era preciso ganarla para entrar al corazón de Francia. Que en un principio las defensas locales estaban debilitadas por que gran parte de su artillería había sido desplazada en Champagne. Que el 5º Ejército Alemán había bombardeado las posiciones francesas con dos millones de bombas, 40 kilómetros en dos días, veinte

mil bajas. Que fue la segunda batalla más sangrienta después de Somme. Que allí Nivelles dijo “no pasarán”.

Continúa mirándome, esperando que levante la vista del diario. Miro apenas sobre la hoja el borde de su camión, las mangas deshilachadas, las manos rodeando la manija de la pava. Sus manos eran bellísimas. Un pálido sensual, tersas. Puedo ver ahora los rasguños, las arrugas que se abultan alrededor de los nudillos. Si las acercara a mi boca una marea de lavandina llegaría antes que la piel, un gesto que condensa el destino que alguna vez pensamos distinto, cuando viajábamos con mochilas por el sur, cuando mirábamos a los amigos ya casados hacía tiempo, perdiendo el brillo de las conversaciones y las caricias.

La parroquia del colegio tiene una superficie considerable. Es casi una manzana. El colegio ocupa una cuarta parte y tiene tres pisos; después la completan la facultad católica de ingeniería química, el campo de deportes y la iglesia.

Todos los jueves teníamos misa y nos escapábamos por las ventanas de las habitaciones de los curas para llegar a tiempo al horario de salida del colegio de las hermanas. No había forma de que comprobaran nuestra ausencia. Todos los cursos en la misa; era mucho para contar. Pedíamos permiso para ir al baño y por detrás de la sacristía nos escabullíamos por un pasillo que comunicaba con las habitaciones. Acaso los preceptores y los maestros se tomaban demasiado en serio los rituales,

–arrodillados, esperando comulgar– que se olvidaban por completo que nos habíamos ido. Saltábamos desde las ventanas a la libertad del Boulevard Avellaneda, como escapar de prisión, como tomar aire desde abajo del agua.

En las habitaciones vacías de los sacerdotes solía pararme junto a las camas de una plaza, perdidas en medio de las paredes, una mesa de luz que sostenía libros y un velador raquíptico. Olía a sudor, otras veces a algo penetrante que no era precisamente limpio, algo que por alguna razón siempre asocié a un sexo clandestino y perverso.

Aquella reunión de la parroquia, la primera organizada por la comisión, fue exitosa si pudiéramos compararla con las que se sucedieron. Al menos fuimos todos. Estábamos en una de las esquinas de la mesa de nuestro curso –se juntaban todas las promociones a la vez–, el cabezón Caranta, Ale González, Juan Benedetto y yo. No hay mucho más que contar que no fuera lo que siempre decíamos en cada una de las reuniones: que tal se compró el auto, que tal otro se mudó al barrio desde el centro porque no podía con los gastos centrales, que yo tenía que dar clases hasta la noche para poder sobrevivir, que el cabezón ya se inyectaba insulina dos veces por día; a sus espaldas rumoreábamos que la enfermedad con el correr de los años podía dejarlo ciego. La venta de la campana, el noviazgo del alemán con la hermana de otro compañero. Después se iba la noche horadando el

tiempo reciente para volver a reír, esperando que apareciera Tito que sin duda era el éxtasis de la ceremonia, el auto negro estacionando en la puerta, un Mercedes o un BMW, daba lo mismo. Representaba la suerte, el éxito, el billete de lotería con el que habíamos ganado y al repartirlo no había más premio que la sensación de gloria cercana, el orgullo de habernos sentado alguna vez a su lado en el aula y ahora en las cenas de la parroquia.

La iglesia tenía una campana de bronce; era una aventura épica subir por las escaleras de la torre para verla, esquivar el despegue sorpresivo de las palomas, hacerlo en silencio para no ser descubiertos. No podría precisar el peso, sí que era gruesa como un tambor de cincuenta litros y alta como un hombre. El cura párroco de ese entonces pretendía hacer un viaje de formación al Vaticano y precisaba fondos para costearlo. Pidió autorización para vender la campana a una fundición y se la otorgaron. Vio de cerca al santo padre, viajó un poco más por Europa y de regreso renunció para casarse con una de las mujeres de la comitiva. Cuando el cabezón lo contaba no podía esconder el regocijo, más aún cuando recordaba que todos en el colegio estaban indignados, como si de alguna manera se hubiera vengado de la moralidad que repetíamos en cada palabra oficial, como si eso alguna vez nos hubiera importado.

Unos meses después lo encontré al cabezón Caranta en un ómnibus. Era el primer promedio del curso.

Cuando teníamos evaluación de física o matemáticas terminaba la suya en quince minutos y se molestaba por pasarnos todos los resultados, aunque hubiera temas distintos. Antes de que me reconociera entre el tumulto, me detuve a observarlo: aferrado al pasamano, mirando a través de la ventanilla, temblando como todos por el empedrado. Era un hombre. Había salido de trabajar de su oficina funeral y pensaba en los hijos que esperan en el living, en la cena y las conversaciones gastadas y previsibles de todas las cenas, en el dinero, en la salud. Llevaba bajo el brazo una caja de vino envuelta en una bolsa de nylon. Probablemente necesitaba tomar varios tragos para poder dormir y levantarse lo más descansado posible. Se había esfumado, no sé cuándo exactamente, el mejor promedio, su carpeta prolija, la suave y convincente desfachatez de quien lo puede casi todo.

Había otros distinguidos, otros que tenían el privilegio de ser abanderados o escoltas. Galetto y el alemán. El segundo llegó a quinto año de medicina. El padre era médico. Una inteligencia clara y solvente que ejercía con naturalidad. Resolvía los ejercicios como quien desenreda un nudo. Quizá los demás, incluso el pequeño grupo de adictos a la aplicación que solíamos excluir, hacían un gran esfuerzo en llegar al nivel en el que competían. Él no. Simplemente era así. Nos enteramos de todo en la segunda reunión de la parroquia. La hermana de un compañero, su pareja desde los dieciséis años, lo había dejado. En ese momento, cuando oía el relato inverosímil

—entró en el seminario, dejó la carrera, está en una abadía de Entre Ríos— pensé en la angustia como una inundación, su volumen llegando a todos los rincones, cubriendo familias, llevándose muebles, haciendo imposible lo que hasta hacía unos instantes era sencillo. Después, en su retirada lenta y dolorosa, dejando la tristeza de la destrucción, de la enfermedad. También pensé, acaso para consolarme, que al menos no sería un buen sacerdote, sino un hombre despojado de fanatismos y de vicios. Lo pude comprobar cuando lo visitamos en el convento de San Lorenzo. Estaba rodeado de chicos, jugando al fútbol; los corría con una rama de laurel, los chicoteaba riendo.

Galetto era diferente: introvertido, invisible; esas personas que tan sólo rellenan las historias, sus nombres colgando de los demás. A veces su silencio era sensato y la sensatez a esa edad es un valor que recuperamos cuando hemos perdido la juventud. Fue a todas las reuniones, hasta que no lo vimos más. Estaba preso. Había robado un televisor de la empresa de electrodomésticos para la que trabajaba. Podrían haberlo echado sin indemnizarlo, podrían haberlo dejado en la calle con sus tres hijos y su mujer sin carta de recomendación, incluso con una carta firmada por el directorio que dijera que había robado, que había traicionado la confianza de la empresa familiar que le había abierto sus puertas. Pero la decisión fue un cuchillo que rasgó la carne hasta el hueso, un escombros imposible de levantar.

La fiesta de anoche estaba presentada de una manera distinta, hubo un esfuerzo de la comisión para despertarla de la agonía en la que había caído en las últimas: una seguidilla brillante de luces colgando de los pinos del patio, cada mesa señalada con el año de la promoción y de regalo la foto oficial del curso para cada asistente. Los ojos de los muchachos, mis ojos, fijos al disparo de la máquina; una sonrisa genuina, una inconciencia legítima y despierta, un puñado de voluntad y de alegría desprevenida comenzando a tambalear en las veredas desaparejas, despertando cada mañana hasta el sábado con otra intención y otros deseos.

Vi la foto y comprendí por qué desisto de reunirme con viejos afectos que ya no lo son. Para resistir esta nostalgia agria y comedida que nos advierte de lo que se extraña y no vuelve y de lo que indefectiblemente vendrá.

Vimos entrar al cabezón por la puerta iluminada, lo vimos vacilando entre las sillas de madera, buscando nuestra mesa que estaba en el fondo del patio, casi mezclándose con la oscuridad de las plantas. Le hacíamos señas para no incomodar con los gritos. No podía vernos. Parado en medio del patio, como alguien que está perdido, intentando una sonrisa que iba desdibujándose, deviniendo en una mueca frágil y triste. Después de girar la cabeza varias veces se sentó en una de las primeras mesas vacías, obligando las burlas silenciosas de los que esperaban en el lugar correcto. Decidimos no mirarnos para no soltar esa piedad molesta y miserable que

debilita aún más. Lo fuimos a buscar. Lo abrazamos y caminamos juntos hasta nuestro lugar; sentí su mano aferrarse con celo de mi brazo.

Todo después fue igual, aunque un histriónico promoción ochentaicinco haya intentado un show de humor, chistes trillados y burdos; aunque hayan proyectado un montaje de los viajes de estudio sin interesar a nadie, salvo a los que podían verse en la película, avergonzándose o riendo de aquella vieja torpeza. Cuando nos resignamos a ese número de concurrentes, la mesa desierta y árida, los platos y algunas botellas transparentes manchando la punta del mantel, lo recordé. Comencé a contarlo atorado, con entusiasmo, acaso con el compromiso de quebrar los silencios, de quitarle de encima al cabezón el peso de las miradas, las miradas que no podía ver. Lo hice con algo que todos habíamos olvidado, como un arma secreta, como una esperanza. Fue una mañana en la que había faltado la profesora de contabilidad; no podían adelantar otras asignaturas y no querían correr el riesgo de que permaneciéramos sueltos dentro del colegio. No nos permitieron entrar y nos dijeron que volviéramos para el primer recreo. Eran las ocho de la mañana. Fuimos caminando por calle Mendoza hasta San Nicolás y de allí a la plaza: las vidrieras llenándose de luz, las personas a otra velocidad, los semáforos brillando todavía en la agonía de la sombra. Todo el curso, sin excepción. Fumamos en las hamacas, solos en la manzana de árboles y arena, arrancándonos

los pedazos atorados de niñez. Quisimos asomarnos a la escuela de las monjas, un intento vano y desganado que no prosperó. Cuando volvíamos al colegio encontramos un árbol de naranjas que asomaba desde una casa, en la calle 3 de febrero. Las ramas sobresalían del tapial a la vereda, los brazos verdes sosteniendo las frutas de un color extraño para el invierno. Entonces fue como si todos supiéramos qué iba a pasar, como cada reunión en esa parroquia de mierda, cada segundo que cruzaba la aguja sin que alguien llegara, todos conociendo el futuro de la próxima hora. Uno saltó el tapial y comenzó a arrojar las naranjas hacia afuera. Llenamos los sacos, los bolsillos del pantalón, las mochilas. Veintiocho jóvenes cargados de naranjas. Llegamos al colegio y subimos al segundo piso; allí estaba nuestro salón. El vértigo, la impaciencia. Esperamos a que todos salieran al recreo y entramos a los salones cuyas ventanas daban al patio, y el patio se abría como un mapa, cada punto con nombre apellido, curso y año: los de primero jugando al fútbol con un bollo de papel, los de cuarto conversando en pequeños grupos, los preceptores mirando alrededor, como si de ellos dependiera el delgado y sensible hilo de la conducta. Abrimos fuego. Las naranjas cruzaban el espacio como meteoritos, manchas oscuras que reventaban y salpicaban contra las paredes, el mosaico, los uniformes grises. Después del desconcierto, de las primeras escondidas, comenzaron a responder desde abajo y todo fue una guerra, nuestro Verdún. Quién sabe

qué naranjazo a los preceptores despertó esa extraña coincidencia, ese deseo común de orientar la descarga contra la autoridad, entonces todos los proyectiles fueron sin retorno al árbol absurdo que pretendía esconderlos. Los saltos ridículos, los gritos, las risas. El timbre acabó con todo. Hubo extensas y agotadoras investigaciones. Hubo un perfume ácido y dulce en los salones. Hubo la maravillosa idea de oler nos las manos a todos para encontrar a los culpables y de ser así, hubieran tenido que expulsar a todo el colegio.

Ríe. A veces no sabe o no desea saber si estas cosas realmente ocurrieron o si las invento para dulcificar la mañana. Cuando ríe regresa en ella, en la luminosidad de su boca, un resabio de lo que encontré tantas veces en los umbrales, en la luz mezquina y perfecta de las esquinas. Me acerco a su espalda cuando deja que el agua caiga sobre las tazas sucias, sus manos palpando ahora la tibieza del curso cristalino. La tomo de la cintura y apoyo mi cabeza, con los ojos cerrados, sobre su nuca. Pienso en cómo puede –sé que puede– continuar cada día desde el despertar, salir a la calle a hacer lo que debemos hacer y volver a casa a no hacerlo, a decidir otras cosas, a soñar con mojarnos un poco con otra lluvia, otro viento. Ella corre despacio mis manos y se aparta con delicadeza, mientras pone otra vez la pava en el fuego.

Natación

En lo más profundo, después de darse impulso con las piernas para volver al punto de partida, caía hacia abajo para luego emerger, tan sólo para ver durante pocos segundos el reflejo azul claro de la luz del exterior en la superficie, la luz del sol que rezumaba de las rendijas de la carpa y al estallar contra la pintura de la piscina proyectaba la ilusión de un zafiro. Debajo del agua había otro color, su cuerpo perdía la pesadez y el desgaste del cemento, el tiempo atorado, los minutos atropellando la tarde.

Cuando le sugirieron hacer ese ejercicio –su mujer, el médico que ya no sonreía cuando le hablaba de su peso, de las contracturas que se ganaba frente al monitor–, lo asumió con cierta desgana y fastidio.

La primera alarma fue un dolor insoportable en la rodilla que podía ser, seguramente, una rotura de ligamento, una lesión que jamás pudo confirmar. Quizá la resonancia magnética lo hubiera hecho, pero cuando lo encerraron en el resonador, todo su volumen dentro de un tubo estrecho, descubrió que también era claustrofóbico, y hubo que sacarle la mano del cuello del enfermero que no podía, por los nervios y por el apuro, retirar la camilla hacia fuera.

Mientras tanto, natación. Fue postergándolo hasta el límite y luego construyendo con vergüenza el camino, las calles desde su casa al club, espiar en las pequeñas ventanas de la carpa para asegurarse de que hubiera poca gente, o al menos un andarivel vacío. Llegaba al vestuario y no se quitaba la remera hasta el último momento en el que se dejaba caer por el borde hasta el agua tibia; siempre había mujeres jóvenes que dejaban sus oficinas del centro para contornear los cuerpos, muchachos que practicaban para rendir sus exámenes de educación física o de guardavidas. Muchas veces llegó hasta la puerta y al comprobar la pileta plagada, desistió. Volvía cruzando de regreso el pasillo helado del hall del club con el mentón sobre el pecho, como si desertara de una obligación inapelable, la mirada sombría y curiosa de los recepcionistas.

Disfrutó del natatorio cuando empezó a divisar ese nuevo color, el desliz suave por la superficie plateada. Lo llamaba “el viaje”, porque imaginaba, como en el cuento de Cheever, que cada una de las piscinas de todos los clubes y los breves espejos de las terrazas de los edificios, seguían su sendero unos con otros, sin límites, un río urbano que comenzaba en el Parque Alem, en la promiscua tarde del mate y del sol sobre los árboles, continuaba en la sombra de un atardecer en el Club Atalaya, o en el calor sofocante del subsuelo del Círculo Obrero.

Ella iba los martes y los jueves. Ella, con los dientes un poco asomados desde su labio superior, el pelo que en la calle sería irreconocible sin el gorro de silicona, los

pies frágiles, las piernas pálidas. Ella se llamaba María y algo más, acaso por escuchar el magreo del bañero, o de leer de lejos el carné recostado en la mesa de entrada. María a secas. Cabalgaba el borde de la piscina con una sonrisa extensa, un desfile sencillo para su observancia tímida y encubierta desde abajo de las conejeras, mientras fingía respirar hondo o descansar de las primeras brazadas. Los martes. Existía la posibilidad que fuera Martes y Jueves, el primero seguro porque había coincidido con él y había forzado otros encuentros. En uno de ellos había logrado bajar a un andarivel junto al de ella y allí pudo oír por primera vez un gemido dulce y breve que se le escapaba cuando levantaba la cabeza para tomar la bocanada de aire. No era agitación ni queja, sino un gemido deliberado. Se oía más firme y claro cuando nadaba pecho, y era suave y regocijante, como si recibiera en ese instante el pequeño impacto en la pelvis, o el calor de la boca en el cuello. Intentaba llegar antes que ella para no desfilar por el borde ante su mirada, si era el momento en el que estaba parada, con el nivel azul llegando a su cintura, acomodándose el bretel o respirando profundo antes de largarse.

Él no elegía días fijos. Alternaba las tardes con las horas extras, coincidir su día de nado con la colonia del nene, que a veces también iba con los profesores a la pileta. También aprovechaba el horario del almuerzo con la ilusión de encontrarla, todos los andariveles desocupa-

dos, la conversación ineludible, el eco de sus voces resonando en la carpa.

Los martes, antes de que llegaran los niños de la colonia, una mujer de unos cincuenta años, con cicatrices aún rojizas que le cruzaban las rodillas hasta los tobillos, caminaba por uno de los andariveles hasta perder pie. Iba y venía mirando hacia el fondo cómo los dedos se apoyaban en el plano, las piernas resistiendo lentamente la presión del agua, en un esfuerzo imperceptible. Luego pasaba a la pileta más chica, en donde el agua solía estar siempre más caliente, como en un sauna. Allí estiraba hacia atrás las piernas para aflojar los músculos, siempre a una velocidad que de ser superada todo se rompería, se deshilarían sus tendones, se derrumbarían su tronco y su mirada como las torres gemelas. Después llegaba el bullicio, el de su propio hijo que le gritaba mientras él intentaba completar dos piletas enteras sin detenerse agitado. Todos corrían y saltaban alrededor de la mujer –que decidió llamarla Divina, por su parecido remoto a Divina Gloria–, que insistía en estirarse lentamente, observando de reojo el atropello a sus flancos, las olas y la pobre espuma, la indiferencia de los encargados que sólo daban algún grito para que todos supieran que hacían su trabajo, mientras tomaban mates, escuchaban música, o simplemente dormitaban en los sillones de lona que se guardaban hasta el verano.

De los chicos de la colonia podía identificar sólo dos o tres que eran los que jugaban siempre con su hijo. Una

na de malla verde agua con los bucles retorcidos por la humedad, la hilera de dientes despareja y con huecos, con el andar nervioso y tenso de los niños cuando pasan por superficies resbalosas. Un nene morocho con pequeñas estrías debajo de los brazos, trepando el borde como si subiera el tramo final del Aconcagua. Lo llamaban todos por el apellido. Sabino. Nunca lo olvidaría. Sabino. Acaso su familia era vitalicia del club o lo conocían del Normal –iba al grado de su hijo– y repetían esa nominación rígida, desapegada, que suelen tener los vínculos de la escuela.

Los miércoles era el día más concurrido; él lo evitaba. Un hombre grande al que no necesitó inventar un nombre, porque con mucho respeto se le acercó una tarde en el vestuario, desnudo de la cintura para abajo, y se presentó como Ángel, soy Ángel y vengo los miércoles y los sábados. Después de esa presentación no podía evitar cierta incomodidad cuando lo encontraba en las duchas. Tendría unos sesenta años. Después de los estudiantes de educación física, era el mejor nadador. Estaba casi dos horas recorriendo el largo de la pileta, sin frenar siquiera una vez. Él llegaba y se iba y Ángel continuaba nadando. También eso lo avergonzaba y quizá prefería no coincidir nunca con Ángel y con María, para que ella no lo admirara en contraste con su pobreza física, con ese esfuerzo inhumano y estúpido por llegar a completar doscientos cincuenta metros como si hubiera cruzado a nado el Atlántico hasta África.

Otro martes, también junto al andarivel de María, mientras emergía desde el fondo luego del impulso y disfrutaba otra vez de ese sendero azulado hacia la luz del final, pensó que si alteraba el orden de salida, si esperaba salir un segundo después que ella, siempre y cuando estuvieran del mismo lado, iba a ver por debajo del agua contra la pantalla clara, el cuerpo moviéndose suspendido, las plantas de los pies –le gustaban los pies de María, eran adolescentes, cuidados, proporcionales– y sus manos alejando hacia atrás ese segundo de pasado. Lo hizo. El resultado fue mejor de lo que esperaba y por eso desistió de repetirlo. Tuvo terror a que ella lo notara, a que en el medio del ejercicio se cambiara de andarivel y fuera notoria su estratagema. El hombre grande, libidinoso, el hombre degenerado que saltó de una novela de Nabokov para refrescarse en el natatorio del barrio, el abusador que dejaron solo en la piscina de la película de Todd Field. Había visto, detrás de los pies, el pequeño bulto de carne que rodeaba el elástico de la malla al final de las piernas, había visto el perineo y había comprendido que un color, sólo un color le impedía verlo todo. Mientras llegaba a uno de los extremos, sin poder quitarse de encima la imagen de la piel, imaginó la planta blanca y lisa de los pies de María entre sus dedos, todo lo que subía hasta su cintura al alcance de su caricia, y todo ese cuerpo dispuesto para él, ya sin la lycra, sin la mirada pública, sin el recinto frío e inabarcable. A la hora de salida se obligó a recorrer una

vez más la pileta, hasta que pudo subir por la escalera sin nada que se notara por debajo de su short de baño.

Miércoles, final de la primavera. Aún caía una llovizna leve entre los árboles, agonía del diluvio que minutos antes había inundado calle Salta, regado de ramas las veredas. Un resabio del viento continuaba sacudiendo la carpa, las sogas que las sostenían restallaban contra el piso y el aire. Estaba desierto. Uno de los recepcionistas creía que habían cerrado la pileta por ese día, cuando la carpa temblaba y amenazaba con caerse, los focos que pendían de su estructura sumergiéndose y la electricidad haciendo temblar también a los nadadores. Entró igual. Era un piso brillante, quieto. Una puerta a otra dimensión, al centro de la tierra. Podía cruzar de andarivel, nadar en diagonal pasando por debajo de las sogas. Nadar sin el deber de llegar a ninguna parte, nadar sin el peso de la mirada de los demás, surcar el reflejo de ese pedazo del planeta sin tiempo y sin escalas, sin contar cuántas veces lo hiciera. Flotar con la mirada en el techo, quieto, sentir el ruido de la fuerza del viento, sentir la frescura agradable del agua. Minutos después, cuando ya no podía administrar esa paz –nadaba como si estuviera la pileta llena, ocupando sólo un andarivel y cumpliendo la rutina que se había propuesto después de la última vez: veinte piletas, descansando sólo dos veces–, llegó Divina y comenzó, como siempre, a caminar por el costado oeste de la piscina, arrastrando con la cintura una ola humilde y serena. Tenía ese día el cabello muy corto.

No recordaba cómo era el pelo de Divina antes de esa decisión radical. Apenas un centímetro amarillento cubriendo la cabeza, mojado parecía el lomo de un perro revolcándose en los charcos.

Se encontraron en la pileta pequeña. Ella lo saludó mientras bajaba por la escalera, pie por pie, mano por mano. Hablaron del tiempo, no lo dijeron pero ambos creían compartir el placer de esa soledad que los escondía de la perfección de otros cuerpos, de la juventud.

Íbamos a Esquel, era de mañana. Habíamos dormido en un hotel para no viajar de noche. Manejaba mi marido. Yo iba adelante, cebándole mates, y la mayor atrás. Fue un segundo que él desvió la vista hacia abajo porque se le había caído yerba en la falda, mordió la banquina y el auto empezó a vibrear. Quiso pegar un volantazo y fue peor. Volcamos a velocidad y nos estrellamos contra un poste de cemento, un poste que estaba allí porque sí. Mi marido falleció. La nena y yo quedamos allí inmóviles, al lado de él que estaba muerto.

No supo qué decirle. Una mano en la de ella, que la sostenía de la escalera. Sonrió y siguió caminando por el agua caliente, como si él se hubiera ido.

Jueves. No solía ir ese día. Se revelaba como un misterio, podría encontrar personas que jamás hubiera imaginado, parientes muertos, actores de televisión. Hacía casi dos semanas que no iba. El verano se abalanzaba sobre la carpa, los exámenes de los institutos, el prelude de las vacaciones; entonces era mucho más

difícil encontrar la pileta vacía. Los sábados bien temprano eran una opción, pero no lograba levantarse, vencer el cansancio apilado de toda la semana.

Tenía que ser ese jueves, porque el viernes, el último día que podía aprovechar, era el acto de la escuela y no podía dejar de ir. En cada uno de los actos de su hijo buscaba el lugar indicado para que lo viera. Arrastraba, desde pequeño, el pánico por levantar la vista en el escenario y sólo ver caras extrañas, saludos a los flancos, saludos que lo esquivaban para acabar en otra sonrisa.

Fue al club una hora antes de que saliera su hijo de la colonia, para luego regresar juntos. Entró a la carpa estremecida por el bullicio y los chapoteos de la colonia, y lo saludó con un guiño de ojos, mientras ajustaba sus antiparras y se disponía a saltar al agua. En ese instante cambió la luminosidad, fue un cambio de color y de olores que anunciaban un buen presagio. Sin esperarlo ya no importó el griterío, la música grotesca aturdiendo el suave sonido de las brazadas y de las zambullidas. Bajó y la vio a su lado. Él hubiera sospechado de que alguien cayera siempre en el andarivel contiguo al suyo, él habría adivinado esa intención de espiar por debajo de la superficie, pero esa vez fue todo casual, las piezas entrando donde encajaban. María esta vez tenía una malla entera y contrariando su primera impresión, le moldeaba mejor el cuerpo, la hacía más esbelta, la espalda simétrica y fotográfica. Le sonrió. Intentó responder con lo mismo, pero las comisuras de sus labios estaban fijas, pegadas al

pómulo por una cinta de vergüenza. Ella le habló de lo fría que estaba el agua, de su desacuerdo con que apagaran la caldera a esa altura del año, que ese era el motivo por el cual había cambiado de traje de baño; recordaría siempre el gesto de sus manos recorriendo el bretel, mostrando la línea blanca de piel que había escapado del sol. Cuánto quedaba de tiempo hasta que quitaran la carpa y se llenara, todas las tardes, de madres sedentarias y adolescentes, cuánto le daba el juego después de avanzar hasta ese lugar, hasta esa estación en la que ya no podía retroceder, donde ya había palabras, nombres, saludos y conversaciones inevitables. La miró por el rabillo del ojo mientras acomodaba su gorro, extendía su brazo izquierdo y lo presionaba con el derecho sobre el codo para estirar los músculos de la espalda. Avanzó. Primero suave y recta por debajo, luego emergió con el revuelo sobre el espejo. Otra vez cambió algo en el ambiente, en la luz, en los sonidos. Algunos corrieron por los bordes hacia el vestuario de damas, que estaba más cerca de la puerta de salida. Dos de los profesores de la colonia corriendo, de espaldas a su visión, y a la altura de las cinturas podían verse dos pies horizontales, los dedos de dos pies pequeños alejándose con ellos. Los llantos. Subió la escalera desesperado y se encontró con el abrazo de su hijo. Aferrados y aturridos –ya no había nada alrededor: María, la piscina, la carpa, la música que continuaba sonando sin acom-

pañar la escena–, caminaron hasta la calle siguiendo las gotas de sangre, como Hansel y Gretel.

Había leído en una revista, en la sala de espera del dentista, un artículo sobre la obsesión de la gente por las fotografías. Lo recordaba mientras veía entrar al salón de actos la hilera amuchada de adultos, su suegra y sus cuñados, lo demás parientes de los niños que esperaban, ordenados en el patio, que les abrieran paso. Todos con cámaras fotográficas, aparatos de video con pantallas diminutas que mostraban lo mismo que él observaba, pero más colorido y más brillante, esas imágenes que se guardaban luego en cajas polvorientas para después hilar una pequeña vida feliz, para recurrir a ese archivo en el filo de una separación o de una muerte. En las fotos –eso decía el artículo– no podían verse los pensamientos, las angustias pasadas, la discusión que tuvieron horas antes en la casa, en el trabajo, en todos los días antes de ese acto de fin de año.

Los niños entraron en filas prolijas, riéndose, ajenos a las ceremonias, al peso variable que tenía esa alegría en la vida de los demás. Disparaban los flashes sobre los guardapolvos, pedían con gritos desaforados que los mirasen, que sonrieran, que hicieran una pose aunque ello significara romper la fila o atrasar el acto en esa tarde de calor insoportable, una tarde bochornosa apenas contrariada por el respiro de los ventiladores y las ventanas.

Subieron al escenario dos maestras, los delantales celestes y las piernas pálidas por debajo de ellos. No podían disimular, o no querían hacerlo, una alegría idiota e ingenua. Sus voces se multiplicaron por los parlantes. Ábalos. Llegaron entonces los Ábalos a la escalera diminuta del escenario para recibir junto a su hijo el diploma. Un hombre fornido, la camisa remangada hasta los codos, trabajo de fuerza, bolsas de porlan y regreso a casa en bicicleta; una mujer lenta, con un vestido caluroso y las piernas vencidas. Basino. Más ejecutivos. Ambos con trajes y maletines que quedaron junto al piano. El abrazo encima del escenario, todos el mismo abrazo, salvo un hombre que no recordaba el apellido, que quedó inmóvil junto a su mujer y la nena que se prendió del cuello de ella, alguien que quizá disfrutaba ver de lado las escenas inmaculadas y tiernas de su familia, o acaso un padre separado que no veía a su hija desde hacía tiempo y por recomendación del abogado tuvo que ir a la fiesta del grado. Parisi. Una pareja joven, ella rubia, con jeans no tan ajustados, tratando de revelar su juventud y su sobriedad al mismo tiempo, él con la bendita cámara en la mano, los dos emparedando al hijo que apenas podía sostener el diploma en el apretón. Sabino. Desde las sillas dispuestas en el salón las cabezas buscaban a las personas que debían subir por la escalera minúscula que ladeaba el escenario. Nadie de pie. La maestra con la lista y el micrófono insistía estentóreo. Sabino. Otra maestra se acercó al oído de la primera, y

todos podrían haber entendido y levantado el volumen del bullicio. Que en esa confusión la maestra –que después de la confidencia evidente decía con una sonrisa estrecha que Sabino había faltado porque estaba enfermo– dijera otro apellido y subieran otro hombre y otra mujer, y otro niño recibiera el diploma y flashes y aplausos. Si todos fueran a ese club, si todos enviaran a sus hijos a esa colonia –miraba a su esposa y ella lo miraba a él, compungida y cómplice-, Sabino hubiera tenido cara, color, una voz, y no ese silencio siniestro; hubiera tenido pies morenos, rellenos, volando entre los brazos de los profesores de la colonia, los profesores que no tuvieron tiempo de ver, entre mates y anécdotas, el golpe en el borde de la pileta y la caída pesada y seca en la superficie. Todos entonces estarían buscando una nueva colonia de vacaciones de verano para dejar el depósito vivo cada tarde hasta salir de sus trabajos, porque el club había cerrado hasta nuevo aviso, hasta sobrevivir al escándalo. Los profesores estaban buscando otro trabajo, Divina otra pileta para aprender a caminar y María para permanecer en la tierra el milagro de su movimiento, gemir antes de sumergirse, mostrar su carne blanca y aterida por debajo del agua.

Volvieron en el coche en silencio. Su hijo miraba por la ventanilla y contaba las personas que desfilaban por la vereda. Las clasificaba por sexo, por edad, por estado de ánimo. Hombre, niña, triste. Su mujer oía sin pensar una canción de otros años:

Sin darme cuenta voy cayendo en cruz, hacia el cenit, mis ojos ya no tienen mis pies, y el espiral que me habrá de llevar no es mejor, que todas esas vueltas que di.

Sintió una angustia que sólo traen las cosas viejas. No una nostalgia, no había en el nudo que le cerraba la garganta nada que lo pudiera conmover. Era una tristeza sólida e ineludible, un paso por una calle de casas abandonadas, devenidas en basurales, la habitación rancia de un hotel de Constitución, el atardecer del último día de Pascuas. La sentencia exacta de lo que ya no volvería a ver ni a tener.

Payaso

No suele haber domingos de sol en la ciudad, no en invierno, no en uno como ése que era gris permanente y de llovizna, casi un clima de otoño, pero con el frío apretando los huesos. Todos pensaron eso y él también, como probablemente todos habrían imaginado que era una buena idea ir cerca del río, cualquier lugar del centro que muriera en la costanera, y por eso era casi imposible caminar entre la gente, conseguir un espacio vacío en el césped de los parques para tirarse y mirar el Paraná, y eso también imposible, porque la procesión desfilaba pegada a la baranda, dificultando la vista. Apenas si podía ver el cielo, porque gracias a Dios nadie volaba todavía.

Se alejó del Parque de las Colectividades y vio desde lo alto de la escalinata del Parque España que hacia el sur, en el paseo reformado después del derrumbe, había menos gente, barriletes que se colgaban en la altura, el color de la ropa distinta y los carros del praliné. Bajó. Llegó con el envión de las escaleras cuesta abajo y se filtró entre la multitud. A un costado un malabarista en la punta de un mástil apoyaba su cabeza y quedaba suspendido con los pies hacia arriba. Más hacia el río Chaplin aparecía por detrás de un telón de cartulina,

intentando en vano arrancar una sonrisa a nadie, y menos una moneda. El viento enfurecía de a ratos, dando alivio a las caras que se entregaban al sol de la siesta, un sol demasiado recio para ese mes. Se dejaba golpear por la andanada de aire, que le llenara los huecos que dejaba la campera debajo de sus brazos, que le tirara el cabello para atrás y por la nariz y la boca lo inundara. El niño comenzó a mirarlo, como si pudiera anticipar algo fuera de lo común en ese hombre que andaba por el camino de cemento y de a ratos miraba su teléfono. Lo veía indiferente a los demás, una miniatura en vida recorriendo una maqueta, corrigiendo lo que no debía estar y agregando en esa mente cerrada e inaccesible lo que él hubiera puesto. Acaso fue el primero en la multitud distraída a esas cosas mínimas, que pudo ver cómo el payaso lo imitaba a sus espaldas, cómo miraba a los que estaban sentados en el césped, buscando complicidad en su burla. Vio cómo el hombre que avanzaba abstraído por el camino de cemento, se daba vuelta repentinamente y asestaba un puñetazo furibundo y exacto en la cara del payaso, haciéndolo caer de espaldas, cuerpo completo, sobre la pequeña hendidura que separaba el sendero de la gramilla; vio y ya todos veían en ronda, la retahíla de puntapiés que lo hacían enroscarse sobre sí mismo, la pintura de la cara arrugada por el dolor, el bonete caído junto a las manos que rodeaban las costillas, tratando de detener la tormenta de golpes.

Se despertó y vio la luz que rezumaba de las cortinas, la claridad invadía la cocina y el calor débil llegaba a las cosas heladas de la noche. Abrió el refrigerador vacío, la alacena, desiertos, y decidió esperar hasta salir –sabía desde que se había levantado de la cama que tenía que escapar de su casa–, y comer cualquier cosa en algún bar de calle San Martín, antes de entrar en los cines, o de hacer lo que fuera que iba a hacer. El objeto de sus días era que el tiempo pasara, que las horas se fueran atropellando hasta la oscuridad, y después al otro día el trabajo y vuelta a empezar. Miró el teléfono móvil sobre la mesa, escondido entre las revistas. Se inquietó por un segundo con el brillo de la pantalla, una luminosidad conocida y frágil. No había mensajes. Tan sólo con esa situación comenzaba el embrollo en su cabeza, las falsas explicaciones, las falsas esperanzas, las posibilidades que al final resultaban imposibles; y aunque no lo fueran jamás iba a saberlo porque no existían señales que se lo indicaran, justamente porque el teléfono estaba vacío, su casa lo estaba y todo lo que apenas podía llenarla: la heladera, la alacena, el lado derecho de su cama. Se bañó en silencio y decidió no secar el piso blanco que se empantanaba con cada ducha. No lo hizo por desidia, porque sabía que el agua que se acumulaba alrededor del lavabo y del inodoro jamás iba a escurrirse, no hasta que repitiera el ritual de empujarla con el secador y después acariciarla con el trapo, hasta que pequeñas gotas quedaran dispersas, como una carrera de animales,

siguiendo la última dirección de su impulso. No lo hizo porque ya no encontraba sentido a limpiar, acomodar los libros ni comprar comida para cocinar. Nadie miraba su casa por dentro. Sólo el pequeño descanso después de la puerta de calle, cuando entraba o cuando en el verano la dejaba abierta al pasillo para que corriera aire, se ofrecía a los vecinos que pasaban a los departamentos del fondo. Salió. La calle ardía, pero era agosto y ese calor repentino desfallecía en las veredas de sombra. Antes prestaba atención a esas cosas, y en ese instante hubiera disfrutado que su cuerpo alternara un poco de frío y un poco de sol, caminando por las zonas que tenían ese vaivén. Miró el teléfono antes de subir al colectivo. Cuando bajó en Corrientes, la gente desfilando hasta el parque, volvió a revisarlo, creyendo que el ruido del Mercedes en el asfalto impedía que el sonido llegara hasta él, aunque estuviera pendiente de ese sonido, incluso el clink metálico de la tarjeta magnética solía confundirlo.

Caminó. El tiempo se iba lento en su movimiento ansioso, en la búsqueda de nada, en su mirada perdida sobre las islas que se pintaban tras el río, los pequeños ranchos vacíos, los botes de los pescadores amarrados en la orilla distante. Bajó las escaleras y se perdió entre el gentío. Ese roce impersonal, casi obsceno, le recordó un sábado de mucho tiempo atrás, un intento de rodear un hombro en la caminata, atraer un cuerpo al suyo en un abrazo casual, el brazo de ese cuerpo ejerciendo una velada presión hacia él para alejarlo. Sintió otra vez un

ardor en el pecho, el embrollo. Se llenó de odio. Miró otra vez el teléfono. Comprendió, por las risas de los demás pero sobre todo por un chico que lo miraba desde el césped con una botella de gaseosa entre las manos, que detrás suyo algo pasaba, algo que iba a quemar el tiempo un poco más. Un velo de oscuridad, seco y demencial, le abrió los ojos. Una nube solitaria manchada de agua y de frío cubrió la luz. Y todo se veló, todo menos él.

Códigos

Se inquietó cuando recibió el sobre en sus manos, ya consciente de lo que podía haber en su interior, escuchando mientras tanto a Laureano que describía el contenido con cierta aprehensión, acaso vergüenza por no tener un lugar más seguro en donde guardar diez mil pesos. Las circunstancias lo obligaban a recurrir a él: se los había prestado la madre para saldar una deuda y en ese momento, ya mismo, llegaba tarde a la casa de un cliente que no le inspiraba confianza, ni el hombre que solía recibirlo tomando cerveza en una rueda de amigos, ni el barrio colgado de las barrancas del Saladillo en dónde vivía.

Percibió el esfuerzo y la impostura con la que intentaba explicar de dónde sus padres conseguían, así como así, esa suma, y sintió cierta incomodidad. Se sintió agraviado por creer que esos detalles triviales le servían a Laureano para encontrar piedad por el origen social de su familia, como si quisiera anticiparse a los prejuicios que él no tenía.

Lo mismo daba un sobre con dinero, una mujer, un documento secreto; era el territorio de lo intocable e inmaculado, la propiedad de su compadre, el suelo pedregoso del código.

Ese día hubiera preferido no salir de su departamento húmedo y diminuto, aun con el viento de la mañana tirando hojas por las ventanas del diario. El jefe de redacción, montado en el viaje inaugural del nuevo tren a Córdoba, exigía a todos por el celular que cumplieran sus caprichos, una hora de presentación de notas, el incendio que había acabado con la fábrica de bizcochos “Campeón”, el robo en el Escauriza, el granizo que amenazaba con volver a agujerear la ciudad, como esa tarde en la que quedó un colchón de hojas en todas las calles, un piso gris de palomas muertas, los vidrios destrozados; podía sentirse la misma presión en el aire, la sensación de que todo podía estallar.

El mediodía lo alcanzaba con una nota incompleta, al menos el tren ya estaba lejos, a la distancia del temor por gastar fortunas con llamados imbéciles. Deportes, con pasos vertiginosos y tecleo frenético, en medio de una fecha adelantada; política en la espera tediosa y narcótica de la siesta hasta el horario del acto del partido oficialista; los demás viendo llegar lentamente la aguja negra del reloj al siete, para salir del proyector a la calle real, al mundo que a veces inventaban en los pisos de arriba.

Se enfrentó a cada hoja con desesperanza, quizá con el reparo que significaba la opción del plagio, copiar y pegar textos parecidos, un archivo completo y detallado de trampas que nadie encontraría, ningún lector ni corrector, ni siquiera el jefe, que no leía las notas hasta

verlas en el diario, cuando era tarde para corregir y el momento indicado para desplegar su omnisciencia.

“Los vecinos se autoevacuaron al ver cómo las llamas se levantaban sobre el techo del depósito, el humo negro que nublaba la calle daba a la escena matutina un tinte apocalíptico”. Cuando estaba así, asqueado de su cuerpo pegajoso y de su ánimo, todo lo que alcanzaba a manchar en la hoja era el decurso de un mal cuento, fragmentos dispersos, inconexos, esperando un segundo de lucidez para lograr sentido.

Salió a tomar un café con los de policiales para coordinar la nota del incendio; el pretexto de un muerto en fuego intencional, unos minutos para salir a ver gente. El café quemado, el sueño que subía por la nuca y le oprimía la cabeza, que se colgaba de los párpados en el remolino de la conversación.

Cuando volvió al edificio, Colombo lo esperaba, la voz árida y temblorosa, para decirle que el jefe había llamado antes de subir al tren del regreso, para pedir que le llevaran los hijos a un cumpleaños, justo cuando no había nadie en la oficina, que podía pasar cualquier cosa y allí sin guardia, que todos en el sector creían que el sueldo era beneficencia de la empresa.

Cayó en la silla, agotado, en la víspera de otro sermón hipócrita, de otra extorsión, con todo el trabajo por delante y el calor espeso que fatigaba los ventiladores. La noche subía despacio sobre la claridad del día,

las luces se hacían útiles en la manada de autos, en las entrañas de la oficina.

Reflexionó, cuando tuvo tiempo de reflexionar dos horas después en los pasillos del sanatorio, que un llamado así llega inesperadamente, con insidia, cuando el sueño y el sopor empujan la mente a ensoñaciones ridículas, a posibles hechos que en la vida concreta devienen imposibles, como mirar a los ojos al pedante mientras escupe su discurso fabricado, y decirle sin titubeos que la vida es un poco más compleja y profunda que ese devenir tosco de su existencia.

No esperaba tampoco el llanto velado, el tono tajado de la voz que al otro lado del teléfono relataba una serie confusa de hechos: colectivo, cordón, vuelco, parabrisas; relato del que pudo inferir, al oír "Laureano" y porque quien lloraba en la distancia era la esposa de su amigo, que la desgracia, una condición de los otros, estaba cerca, rondando su tribu. Cortó y dejó una nota en el escritorio de Colombo, explicando el motivo de su retirada. Una libertad obligada y dulce lo despojó de las preocupaciones de su trabajo, del acecho de su jefe, de la rutina del día. Corrió a la calle, buscó un taxi, y mientras hacía señas en el cordón de la vereda del diario, iba despertando del llamado telefónico, el hecho tomaba dimensión: su amigo, la desgracia.

Mientras viajaba por un túnel de luces, su memoria se negaba a proyectarle la película de Laureano en los tantos fragmentos compartidos: corriendo torpe con la

pelota entre los pies (llegaba difusa esa imagen, diluida entre signos oscuros, de adentro y afuera de su mente), riendo en la puerta del colegio; cabizbajo, arrastrando el paso por Avellaneda después del partido. Entonces todo era un caos de fotografías, de sucesos que los habían estrechado desde la infancia, ninguno completo y nítido, sino sus retazos, sus voces y frases encimadas.

Buscó por los pasillos del sanatorio al grupo que podía identificar. Una marea de personas desconocidas que rodeaban a los familiares de su amigo, otros que sí asentían su presencia y buscaban el diálogo con la mirada. Se derrumbó en una silla solitaria. Cuando llegó ya estaba en coma, oyó decir y ahora lo repetía para sí mismo. El golpe había sido determinante, la cabeza contra el cordón, la tardanza en asistirlo, las manos de Dios. Laureano ya estaba allí, entre los dedos divinos, estaba con la cabeza ensangrentada manchando la túnica, sus hombros caídos y los brazos flácidos, esperando el veredicto. Se culpaba por imaginarlo así, como había hecho también con el vuelo a través del parabrisas hasta la vereda, y seguramente todo fuera para quitar del medio la certeza de lo que significaba esa frase tan poco científica y cierta que había rubricado el diagnóstico del médico de guardia: está en las manos de Dios.

El tiempo fue pasando veloz cuando se animaron a conversar, cuando los temas fueron distanciándose de esa noche extraña. Llamó al diario para terminar con las preocupaciones; avisó que no iba a ir por dos o tres días

y la decisión lo reconfortó, como si hubiera tomado control de su vida después de muchos años.

Murió después de medianoche. El llanto histérico de la madre trizó el silencio respetuoso y todo fue más melancólico y lacerante, la imagen de una mujer mayor, de rodillas, resistiéndose a que la incorporaran para llorar sentada en los bancos de madera, mientras los hombres ataviados de blanco le daban el pésame y otro arreglaba el destino del cuerpo con los familiares. Esos bancos de madera que pasarían a ser una imagen persistente, iguales a los que horas después rodeaban el féretro en la casa velatoria, el mismo llanto también, que parecía uniforme y continuo. El suyo era discreto, reprimido, acaso recibir a los amigos en común, consolar a las mujeres, servir el café, eran obligaciones que debían prescindir de toda emoción para ser eficaces. Podía cancelar ese mínimo trozo de existencia que iba desde que oyeron al médico dar la noticia hasta que se movilizaron a la sala velatoria, porque simplemente se montó en un auto y llegó a ese otro lugar convencido de que ésa era su obligación, acaso por ser el mejor amigo, o porque alguien debía hacerlo ante la conmoción y la pasividad de los demás.

En un rincón estaba la mujer de Laureano. No había decidido acercarse a ella desde la llegada de la ambulancia con el cuerpo. Pudo ver en los gestos de su boca una sonrisa resignada que a veces rozaba una expresión

de desquicio. Se acercó y sólo la miró, esperando sus palabras con una ansiedad egoísta.

Hace dos días que no le hablo. Son dos días que se suman al resto de mi vida sin hablarle. Dentro de unos años, esos dos días se van a perder.

Suspiró y bajó la cabeza; desde los cabellos que ladeaban la cara siguió murmurándole.

Salió ayer temprano del trabajo, no lo vi hasta la noche porque fui a comer de una amiga; cuando llegué ya estaba dormido. Hoy a la mañana salió antes que yo. Fue a lo de la madre a buscar no sé que cosa y después se fue a trabajar; y ahora está ahí.

Le tomó la mano y la acarició para consolarla. Ella hizo un esfuerzo por sonreír.

Gracias, y andá a tu casa, no seas tonto. Volvó a la mañana que voy a necesitarte para cuando cierren el cajón.

Percibió fortaleza en esa sonrisa, cierta idea de control en su perspectiva del futuro, de la gravedad y el dramatismo de las cosas por venir. Entonces subió a un taxi sin saludar a nadie, se zambulló a la oscuridad del coche y miró la calle, sin construcción de sentido, sin recuerdos, sólo imágenes planas y brillantes que pasaban desordenadas por la ventanilla.

Al llegar a su casa pretendió no detenerse, no ceder espacio ni tiempo al dolor. Llegó, se quitó la ropa caminando y estacionó bajo la fuerza de la ducha, dejando que el agua encontrara los caminos de su cuerpo.

Después se recostó y decidió dormirse mirando el reloj, burlando el sueño breve, aunque al despertar volviera al hecho inalterable de la muerte. Cuandoladeó el cuerpo vio el sobre junto al despertador y se sobresaltó. Creyó, con una ingenuidad que lo avergonzaba, que podía llevar una buena noticia a los familiares. Imaginó la situación, en medio del ritual, de la angustia de todos, él entregando el sobre y explicando cuándo y cómo. Se convenció de que era un error. Repitió mentalmente las obviedades que refutaban esa idea y como en un reflejo que también lo avergonzó, siguió el camino de Laureano desde que dejó el sobre en sus manos hasta el llamado telefónico. No le había contado a su madre, le hubiera reprochado ese descuido, ese exceso de confianza con alguien ajeno a la familia. Su mujer ni siquiera se habría enterado. Imaginó el sobre entre los hierros retorcidos, a los policías revisando la campera rotosa.

El sueño llegó despacio y se estrelló contra su cuerpo, un espiral oscuro y profundo que estalló con el sonido del despertador. Antes de dormirse había temido soñar, que le llegara alguna señal de Laureano que no iba a tolerar. Buscó despertarse, quitar el dolor de cabeza, el ardor en los ojos y la fatiga de los músculos con otro baño. Después de cambiarse miró el sobre por un instante y ni siquiera pensó. Lo tomó, miró su interior con aprensión, con sospecha. Lo dobló en dos y lo guardó en su bolsillo.

Cuando volvió al sepelio tuvo el siniestro privilegio de pertenecer al círculo de los que presenciaron el cierre del ataúd. Se paró tras la línea de gritos y llantos y posó sus manos húmedas sobre los hombros ajenos, inútilmente, como si hubiera intentado sostenerlos frente a una tempestad. La mujer de Laureano lo abrazó, sintió las uñas clavarse en su carne mientras la congoja.

Eligió viajar en el tercer auto del cortejo, sentado junto al chofer de la cochería, como lo había leído en un relato perdido entre libros de saldo. El viaje fue silencio. Algunos familiares y vecinos rezagados esperaban circunspectos en la puerta del cementerio, lamentando recibir al grupo de frente, exponiéndose al saludo de la viuda y de la madre.

Había sol. La altura de los nichos y los pasillos de mármol daban algo de frescura a la fuga del alba. Cargó el féretro junto a los demás hombres. La manija iba dejando una marca roja y ardiente en su mano. Imaginó la situación absurda de cambiar de mano cuando ya no pudiera soportarlo y caminar para atrás. Miró intensamente a la madre, con la esperanza de hacer con ella algún contacto, pero no tuvo correspondencia; seguía con los ojos los pasos lentos y temblorosos del cortejo, sin importar qué la rodeaba.

Empujaron el ataúd al nicho, sin palabras, sin gemidos, cansados de la ceremonia tortuosa, del desborde de tristeza cuando lo cerraron, de la caravana muda por las calles que continuaban su vida sin remedio.

El regreso también fue silencio.

Fueron llegando a Parquefield, al barrio de la infancia, colorido y fresco, ajeno al hueco de tiempo y distancia de esa vida que traía la hilera desapareja de autos, los que se apeaban circunspectos y murmurantes en la vereda.

Allí se fueron los autos de la cochería y los demás fueron retomando el día. Los saludos fueron austeros, algunos sólo gestos y contemplaciones.

Decidió quedarse con los familiares, tratando de estar siempre junto a la madre. Fingieron los dos hablar de cosas mundanas, inofensivas. A veces ella nombraba a Laureano como algo presente y a él lo sorprendía, sólo por un segundo creía que podía estar llegando, o que estaría en otra habitación de la casa. Esperó que dejara de hablar y comenzó a contarle una anécdota que no había elegido, salió de su boca sin pensarlo, envuelta en su propia nostalgia, en su necesidad. En el viaje de estudios a Bariloche, una madrugada después de salir de una discoteca, Laureano y él, borrachos, intentaron zambullirse en el lago. Laureano se acobardó sobre la marcha; había sido siempre de los dos el más sensato. Pero él se tiró, vestido, y nadó algunos metros hasta que no hizo pie. Volvió riéndose hasta la orilla, pero temblaba de una forma descontrolada y espasmódica. Caminaron algunos metros y se dio cuenta de que no podía respirar. Tenía los músculos contraídos, no sentía las manos ni los dedos de los pies. Probablemente hacía

más de tres o cuatro grados bajo cero, la temperatura del lago sería entonces más baja. Llegaron tambaleando a la habitación del hotel y Laureano lo sumergió en agua caliente en la bañera. Lo envolvió con frazadas y le dio té hirviendo que había pedido en la conserjería. Todo lo que contaría a continuación se lo había relatado el mismo Laureano, porque él ya no estaba consciente, sino como adormecido. Cuando entendió que no podía calentarlo de ninguna manera, se desnudó, se metió bajo las frazadas con él, y lo abrazó. Lo había visto en una película. El calor corporal era más efectivo que cualquier otra cosa. Cuando se despertó a la mañana, con anginas y algo de fiebre, Laureano se lo contó y ambos se avergonzaron, pero rieron, rieron hasta que él, adusto y grave, se lo agradeció. La madre quedó perpleja unos segundos, lo miraba extrañada y distante. Creyó que había hecho mal en contárselo, pero entonces la mujer sonrió, sonrió con los ojos cargados de lágrimas y le tomó la mano. La abrazó. Fue hacia la mujer de su amigo y también la abrazó. Les dio –se dio– la última oportunidad de que todo se detuviera en ese instante, que le dieran la excusa para desprenderse de su insensatez. Le agradecieron y cruzó el umbral de la casa, aliviado, lejos de las tumbas y de la tribu; apretando, con cierta sensación de trabajo cumplido, el sobre en el bolsillo.

Aparecida

Como todas las mañanas en las que Walter salía, Nancy hizo esa mañana un inventario de los hombres muertos en accidentes aéreos. No eran muchos y no todos eran de San Gregorio. También contaba los hechos dudosos que en el rumor de los años fueron verdades innegables. Poseía un único recuerdo claro, inobjetable: un fumigador de Cristophersen, cliente del almacén de su padre, que con una vieja avioneta gris se había estrellado en la altura de un silo, luego de haberse enredado en los cables de la luz.

No había advertencias, señas diferentes, nada que notar de esa mañana, salvo el sol que no terminaba de quemar con una luz débil, un día que no hallaba su color y que renegaba también de la lluvia.

Nancy estiró su cuello hacia afuera de la ventanilla, los cabellos látigos, la mirada al cielo, la mano firme sobre el volante y el oído atento al zumbido lejano del Cessna.

Walter no había pensado en nada esa mañana, si es que nada puede ser las cosas de siempre: el trabajo, el combustible, el cielo que cruzaba como los demás cruzaban el camino. Oteó el abismo, el mapa verde, buscando el auto de Nancy, juguete blanco que

arrastraba su simpleza sobre las venas de asfalto que marcaban la tierra.

Más cerca, cada vez más, hasta ver el saludo inocente, exaltado. Más cerca, la sonrisa que fijaba un hecho repetido, predecible, que de faltar hubiera resultado en angustia, en la preocupación por un giro que estaría alterando el ritmo cuadrado del tiempo.

Quiso impresionarla, como siempre lo hacía; o acaso ya no había sorpresas y era sólo parte del ritual, pasar cerca del techo del auto para que ella lo insultara a carcajadas cuando el avión levantaba el vuelo. Encima del auto, una de las ruedas del tren de aterrizaje se desprendió y decapitó a Nancy; su mano aferrada al volante sostuvo erguido el resto de lo que era, mientras el juguete blanco siguió torpe a campo traviesa.

Ocurrió hace dos años. Walter vendió el avión y se mudó a Venado Tuerto.

El pueblo, estallando tras un silencio vencido y rancio, confesó que ella suele aparecerse, parada en la ruta, esperándolo siempre en el mismo lugar, con la vista hacia el cielo. A nadie ha espantado. Todos ven a la misma muchacha inquieta y feliz que saludaban en las veredas áridas de la plaza. Sólo los desconcierta su obsesión.

Miles Davis

Cerró la ventana para que el silencio cobrara volumen. Cuando estudiaba, treinta años atrás, ese silencio le hubiera molestado como le molestaba cualquier otro ardid para hacer sentir la presencia de la autoridad. La luz del fluorescente que envolvía el claustro, las manos arrugadas sobre las planillas, las manos que detenían en los dedos el vano poder del instante, el poder que sólo duraba unas horas, como los maleficios de los cuentos que había oído por graneles en las aulas de su vieja facultad. Luego las pasó por su frente, presionó las grietas que surcaban el arco de sus cejas, sintió el dolor del final de la tarde y dejó escapar un quejido, una señal leve pero inequívoca de fastidio y desconcierto. Sabía que después de ese movimiento –levantar la cabeza, girar el cuello, frotar la frente, fingir que los músculos se distendían– vendría un mareo, una fugaz ausencia del lugar y del tiempo, casi al filo del desvanecimiento, y que poco a poco recuperaría su cuerpo en ese espacio, las bibliotecas se pintarían otra vez de marrón, las ventanas recuperarían su brillo, la puerta su sombra metálica y detrás de ella los murmullos apagados de los que esperaban.

Lo buscó por enésima vez en la lista de nombres, algunos con sus caras, sus sonrisas, sus miradas pusilánimes o desafiantes. Volvió a encontrar el borrador caratulado con sus datos, retirando la maraña de carpetas y hojas que le rodeaban el pecho sobre el escritorio. Antes de leerlo recordó, palabras más, palabras menos, al personaje innominado del cuento de ese estudiante, tal como lo había imaginado, sentado en un sofá forrado de pana, sosteniendo en su mano un vaso de whisky –creyó recordar que había una marca y que si así fuera se trataría de Johnny Walker, o Chivas o cualquiera que conjugara con esa escena inverosímil–, oyendo sonar, por los pequeños parlantes que colgaban en las esquinas de la habitación, la melodía sensual y sedante del jazz. Las mujeres sentadas en los brazos de los sillones, levemente inclinadas sobre los respaldares y a punto de caer encima de los hombres, los collares de perlas pendiendo, anticipando el desenlace. Miles Davis. Ese era el nombre del músico elegido, deliberado y notorio, sin importar clima ni trama, sólo para que supieran que el autor –pensaba ese título delante del nombre del alumno y lo consideraba demasiado suntuoso y apresurado– había escuchado a ese hombre del jazz o del blues, una leyenda cuyo nombre el alumno también conocía; y mucho más que el simple apellido, mucho más que tararear alguna melodía recordando una de sus interpretaciones, sino toda su trayectoria, su inevitable éxito, las miserias que acompañan también la vida de un artista: el alcohol, las

drogas, los escenarios rodeados de estaño, los ensayos, la riqueza efímera, las mujeres, el ocaso.

Asomó su cara al pasillo por el intersticio de la puerta y lo llamó. Esperó a que se incorporara para identificarlo y cerró tras de sí. Caminó apresurado hasta el escritorio, tan sólo para verlo entrar y contemplar la sorpresa o el temor frente a la fotografía indeseada que se abría tras esa abertura: el escritorio del profesor, el profesor sentado observando su llegada, los lentes del profesor caídos hasta la mitad de su nariz, la mirada del profesor recorriendo con recelo los pantalones adheridos a las piernas, la camisa suelta y remangada hasta los codos.

El estudiante se decidió por comenzar el diálogo, aun cuando no había terminado de acomodar su cuerpo sobre la silla, las nalgas sintiendo la madera seca y firme.

¿Ya lo leyó profesor?

No. Si no te importa voy a terminarlo ahora y mientras vamos conversando. ¿Puede ser?

Asintió. Despejó su cara con la mano derecha, retirando los mechones rubios y lacios que caían en picada hasta la boca.

El profesor separó las páginas al azar, como si hubiera dejado la lectura en un determinado punto, y fue alternando su atención en las letras y en el joven que aguardaba el juicio. La detuvo en esos ojos azules, desolados por momentos, indolentes por otros, los ojos que

rezumaban sí una constante inquietud, una ansiedad de respuestas, de esperanza.

La vieja imagen del relato fue redibujándose otra vez: el salón tenue, las piernas cayendo al piso desde la pana, y la música. Pensó y tuvo el impulso de decir lo que había imaginado durante toda la tarde, sorteando el embarazo de preferir una historia entre tantas y justamente esa rodeando su memoria, tallando cada recuerdo que ahora no podía ni debía verbalizar, porque era sencillamente inaceptable. El hombre de los lentes caídos, leyendo adusto, proyectando esa aura de solemnidad, debía o no despejar de esas hojas –casi todas las hojas– lo pueril, lo decididamente irreal.

Oyó su voz resonando dentro, cabalgando sobre las palabras que ya no podía leer.

“En esos departamentos, porque son departamentos con salones iluminados con luces de navidad colgadas de las repisas, se oye una música cursi y molesta –preferentemente Arjona, Montaner con poca suerte–, suena desde pequeños equipos cubiertos de polvo, entre la media luz de las bombillas rojas, suena hueca y molesta en las habitaciones que disimulan su desolación con un ropero, mesas de luz coronadas con rollos de cocina, para el momento desagradable y sórdido de la higiene, pequeños cestos plásticos. No hay tertulias ni whisky; apenas la espera en una recepción donde suele haber sillones y algún cuadro de mal gusto, como el niño barroco llorando, comiendo un fruto, o como en el último lugar que

pude visitar, la foto de Humphrey Bogart cercado por Marilyn y Lauren Bacall. Allí desfilan apuradas las que no quieren ser elegidas, las que han trabajado todo el turno y sienten el temblor en las piernas; con sonrisas y besos húmedos las que necesitan el privilegio. Después hay otra espera, el teatro incómodo y lento que recorre el camino hasta la habitación, las otras puertas que se cierran ocultando otros clientes, el descanso de los policías que protegen el lugar haciendo adicionales. Nos dejan solos allí, en la penumbra, con algo de temor, con el sentimiento del extraño, mientras llevan el dinero a la cocina y esperan encontrar al regreso todo dispuesto: la desnudez, la erección, la sonrisa que rompa con las formas cuando no hay ni ánimo de sonreír. Pero no, fue preciso que usted encontrara otro lugar lejos del mundo, pretencioso y brillante. Como los que hallan asesinos en universidades prestigiosas, que levantan sus edificios en los caminos pedregosos del viejo mundo. Crímenes que se persiguen con símbolos de culturas ancestrales, pistas imperceptibles, desnudando con obviedad la complejidad de los seres humanos, su egoísmo, la ambición, la codicia. Asesinos y crímenes –continuaba pensando el profesor mientras espiaba los dedos nerviosos que seguían un compás mental sobre la falda– que reflejados en el espejo de nuestra atrocidad, resultan ordinarios y pasajeros.

Por qué inventar esto. Un país con esta historia, un país de traición, de caza mayor. Despellejados vivos,

desangrados, estaqueados en el frío austral, torturados hasta la muerte, arrojados al río desde un avión durante la noche, adormecidos por el pentotal. El asesinato de Quiroga en el silencio infinito y memorial de la patria despoblada; el de Urquiza, corriendo por las habitaciones de su palacio, entregado por la pasividad de sus sirvientes, esquivando los balazos y recibíendolos frente a su familia. Todas las muertes solitarias de todas las noches y días, en cada uno de los lugares que encierra la frontera; muertes violentas, sin sentido, sin por qué, sin pistas ni extraños dibujos para adivinar los nombres familiares, y sin embargo usted, usted y tantos otros prefieren esos crímenes, esos asesinos, esa música de jazz, esas putas glamorosas y convencidas”.

El joven tosió tabaco y veló el quejido con la palma de la mano para no incomodar la lectura del profesor. Su propósito en ese pequeño trozo de silencio era evitar, a como dé lugar, cualquier molestia que pudiera influir en el juicio. El joven descifraba cada gesto y sumaba pequeños signos imaginarios, negativos y positivos, para hacerse una idea de su destino, aunque no hubiera rastros ni mutaciones que ver. Pero el profesor había oído el eco pectoral, le había dolido a él también y en ese momento pensó que levantar la vista de la lectura significaba de alguna manera demostrarle su indisposición a ese sonido. Lo miró. Separó levemente los labios y el joven anticipó con la sorpresa una reacción imposible —¿enojarse por tan sólo un tosido?—, pero permaneció silencioso y expectante.

¿Esto dónde ocurre? ¿Dónde está este lugar?

No sé. No había pensado en eso. Quiero decir que pensé que no era relevante.

Es relevante. No es lo mismo el cabaret de una localidad rural, que los prostíbulos de las grandes ciudades. Puedo inferir que es en Argentina.

Si, es en Argentina.

Volvió al papel. El relato mudo regresó desde una voluntad extraña. Ahora era sólo su voz en *off* rebotando en los rincones y el deseo –el deseo que nunca había desaparecido esa tarde– de dejar salir las palabras.

“Comencé a ir a esos lugares cuando se hacía imposible, repugnante, acostarme con mi mujer. No era una necesidad racional, ni una venganza. Era un acto instintivo, severo en su insistencia. Retengo cada detalle de la primera vez –no fue una de las mejores–, como de la segunda, acaso la que garantizó mis reincidencias; ninguna de las dos vienen al caso. Lo cierto es que un día que no fue un domingo ni un feriado, que no hubo lluvias ni aromas, fui a un departamento de calle San Luis y Dorrego. Era como todos. Y escuche bien: son sombríos, angustiantes. La puerta de la cocina está siempre cerrada, escondiendo el murmullo del televisor; es allí donde se reúnen. La habitación era calurosa y rojiza. Abrió la puerta y me llevó sin permitir que preguntara o que eligiera a otra, lo hizo sin esfuerzo, como si no hubiera existido otra posibilidad que ese día, ella y

yo, y lo que vendría después; inevitables pasos del tiempo.

Si usted me pidiera que la describa, no podría hacerlo. No podría reconstruir su cara de forma íntegra, salvo las ojeras que le daban una belleza auténtica, un rastro de los sueños fuertes o de la traspasada. Tenía el cabello azul y lo demás es difícil de caracterizar. Sólo que después de todo lo que debía suceder, por el hecho de ser yo un cliente y ella esa mujer, acostados los dos con esa electricidad y aun juntando sus pies entre mis piernas, vi su tatuaje en la espalda, en toda la espalda, un diablo saliendo de su piel –ella lo describió, mientras me miraba por encima de sus hombros y yo apoyaba mi entrepierna en sus nalgas, sin escuchar protestas, sin los límites lógicos de los gustos y los horarios–, un monstruo de colores que la desgarraba desde adentro, y que en la oscuridad era una intersección de trazos hipnóticos que la hacían sencillamente sublime.

Era principios de mayo o junio. Siempre iba con el sueldo fresco y debía esperar hasta el siguiente cobro. A fines de ese mes comprendí que había estado todo ese tiempo añorando regresar. Cada día reconstruía el tatuaje, me masturbaba recordando el tacto, el segundo culminante y esos minutos en los que me había adherido a su espalda.

Cuando volví, ya no trabajaba allí. Pretendí continuar con otros departamentos, simplemente seguir. Algunas veces fueron abominables, otras valieron la pena. Pero en

realidad sólo estaba buscándola. Al final de los hechos preguntaba por esa mujer, por la seña inconfundible. En el de San Luis y Dorrego le habían perdido la huella. Fui a todos los cabaret de la ciudad y de las ciudades de alrededor –no son iguales los de la urbe que los de las poblaciones pequeñas, por eso le exijo que sea riguroso con la ubicación–; telefoneé, día por medio durante un año, a casi todos los avisos de los diarios. Había desaparecido.

También desapareció mi mujer una mañana; pero eso no trajo ninguna pena. Había descubierto los diarios marcados, las fotos de las revistas de tatuajes y las impresiones de las páginas de Internet. Curiosamente había otras mujeres con el mismo dibujo en la espalda y una tailandesa que lo había tatuado desde el pecho hasta el pubis.

Mi inesperada separación contribuyó a la búsqueda: tuve más libertad, pude viajar hasta otras provincias. Conocí casas del conurbano bonaerense y de Capital. Fui a las whiskerías de Recoleta y a los salones clandestinos de Congreso; a los bares de tumbadores de Florida y a los ranchos de la Matanza. Hasta Córdoba y los únicos lugares de Jujuy, donde con sólo asomarme, corriendo unas cortinas de brillo, pude comprobar que ella jamás habría trabajado allí. Cuando preguntaba les sorprendía, y a mí también, que no supiera su nombre.

Después de un año la encontré. Fue en un primer piso del centro de Rosario. Un gran living, fotos porno-

gráficas del siglo diecinueve, blanco y negro, mujeres corpulentas, la piel pálida, los hombres menudos y barbados. Las habitaciones estaban condicionadas para disciplinas, camas de tres plazas, redondas y en forma de corazón, arneses que pendían de estructuras de hierro, trapecios. Fue la tercera que desfiló ante mí. La reconocí por las ojeras, lo confirmé cuando me dio la espalda para bajar la luz.

Durante todo el tiempo que la busqué me persiguió un escozor, un sentimiento molesto y pudoroso: que los tantos empleados y encargadas que interrogaba, las mujeres que afirmaban no haberla visto, me ocultaran la verdad como si fuera un perseguidor, un obseso. De ser así los entendería. La mayoría de los hombres que conocí en esos lugares buscaban un cariño que afuera se les negaba, hombres a los cuales ninguna mujer hubiera tocado, a veces por su aspecto, otras por una marca inexplicable del destino, como si hubieran contraído una enfermedad tan sólo visible para ellas. Tampoco supe jamás cuáles eran mis razones y por momentos me sentía cerca de esa descripción. Por eso, mientras nos revolcábamos en esa cama que ocupaba casi la superficie total del cuarto, con la misma extraña y pegajosa intensidad de aquella vez, no pronuncié palabra sobre lo que había precedido a ese encuentro.

Había nacido en Fighiera, al sur de Santa Fe, veintiséis años antes de esa tarde. Tenía un hijo de siete años que estaba con sus padres en la casa del campo. Su

marido había muerto meses atrás, un ajuste de cuentas en barrio Saladillo. Fui desistiendo de las imágenes distorsionadas y antojadizas que forjamos en la soledad: nunca hubiera pensado en un niño, en un traficante de drogas a su lado, en una adolescencia de pueblo, viajes en colectivo hasta el baile, la pileta del club. Fue creándose ella misma, una mujer con una historia cercana, predecible.

Desde la muerte de su compañero había vuelto a vivir con sus padres. Cada mañana viajaba a la ciudad y volvía al atardecer para estar con su hijo. Estaba pensando seriamente en dejar todo, conseguir un empleo, estar más tiempo rodeada de nada, del celeste que se cierne sobre todos los puntos, de la noche que abruma y aleja del mundo. Siempre es mejor en otro lugar.

Jessica era su nombre. Las cosas se hacen sin pensar, al menos sin considerar lo que desencadenan. No digo la causalidad más remota, como el mito de la mariposa que bate sus alas. Las cosas se pueden hacer en la seguridad total y resultar inconvenientes y desastrosas, o se pueden hacer en la confusión y terminar cerrando tan seguras como el giro de la tierra. Y yo, que he aprendido a dar cada paso de mi vida confiando en mi racionalidad, cometí un error infantil y básico para las reglas de ese mundo. Durante todo el viaje de ese sábado que terminó en la parada de Figuera, inventé un resultado, lo soñé despierto, lo envolví con los dedos como arcilla y quedó frente a mí ese final del día, entero e ideal, y por

momentos fue tan verosímil y tan justo que no había otra posibilidad: la ruta arbolada, las casas viejas angostando la calle de tierra, la plaza, las bicicletas apoyadas en los paraísos, el campo inmenso, verde y oro, inabarcable y sereno; ella que esperaba.

Pero fue como otrora, como en cada una de las noches que la busqué. Esta vez tenía un nombre, la descripción exacta de una chacra, una galería con arcos de cemento y una parra aferrada a las paredes. Un aljibe, unos perros, una rueda de carreta diciendo la historia. Nadie sabía de ella; ni de la casa, ni de sus padres, ni de la muerte violenta de su marido. No hizo falta preguntar por el tatuaje, ni hubiera tenido el coraje de hacerlo. La noche se fue cerrando, las calles quedaron desiertas y hastiosas. Yo era un extraño buscando a alguien que al menos allí no existía, un extraño rondando el pueblo fantasma, patético y desesperado.

Al día siguiente creí tener el derecho de descubrir sus mentiras. Enfurecido frente al reflejo que me devolvía la puerta de aquel piso en el centro de Rosario, me aterró. A esta edad aceptamos la muerte como aceptamos otras cosas: la conciencia del vacío, la incertidumbre de los largos plazos. Leemos en el diario algo que va a ocurrir dentro de cincuenta años, como un evento de la naturaleza o el paso de un cometa, y ya no calculamos nuestra ausencia, o si lo hacemos es con resignación. Son otras cosas las que nos acechan: el dolor, la imposibilidad de valernos por sí mismos, la demencia. Me aterra la

demencia, no estar consciente de lo que pueda hacer o decir frente a los demás, y puedo asegurarle que el reflejo en aquella puerta no era el mío. Había un signo de derrota e indignidad que no iba a poder sostener frente a ella, ni frente a nadie. Me fui sin golpear, y no he vuelto a verla”.

Levantó la vista y pudo reconocer impaciencia en la postura del joven. Una voz, esta vez una voz física y real, quebró el silencio que se había fosilizado en el ambiente.

¿Ya terminó Profesor? ¿Qué le parece?

Está bien. Está muy bien.

Le alcanzó el borrador mientras el joven se incorporaba aliviado.

Cuando salga dígame a cualquiera de sus compañeros que espere diez minutos y entre.

Volvió a hablarle antes de que cruzara la puerta hacia fuera, hacia el pasillo fresco que se abría como un territorio propio, con sus compañeros aguardando que la expresión de sus ojos marcaran el éxito o la derrota.

Sólo una sugerencia. Supongo que en esos lugares no escuchan Miles Davis. Me hago una vaga idea de que se trata de música demasiado específica o refinada. ¿No le parece?

Pensé que era una forma de crear un clima bohemio.

Entiendo. Fíjese en eso. El resto está bien.

Cerró con seguro para que golpearan. Abrió la ventana que daba al patio cercado por pinos y arbustos, los senderos de paso desiertos, y asomó su cara como si de alguna manera hubiera adivinado que el viento iba a

despertarse en ese mismo instante, el viento que impulsaba su cuerpo midiendo la intensidad, primero despacio, una brisa, luego vertiginoso; azotando su nariz y sus labios, arrastrando las hojas perennes y los papeles abandonados, llevándose para siempre las horas y las palabras.

Sirena

No parecía suficiente explicar lo obvio, aunque bastara con la prueba que los rodeaba desde los cuatro puntos cardinales. Podían verse desde el valle los nubarrones, la pared grisácea que asaltaba las sombras sobre el horizonte del este. Cuestión de tiempo hasta que la crecida bajara hasta todos los cauces que se deshacían entre las montañas y las ciudades.

El río al que se dirigían estaba encajonado en un cañadón de piedras y barrancas de barro arenoso, y Claudia recordaba, de uno de los tantos años que intentaron apropiarse del lugar, los árboles doblados en sus pies, sobre los yuyos también aplastados o arrancados desde su raíz, las nuevas piedras achicando el lecho, las leyendas de rescates milagrosos y de muertes.

Habían almorzado en silencio en el comedor de la hostería y él había preparado después el viaje sin consultarle nada, siguiendo un itinerario planeado en el comienzo de las vacaciones, como si en medio no hubiera pasado nada, como si fuera otro día de sol intenso y pequeñas brisas. Nada pudo convencerlo. Acaso todo era un capricho, la búsqueda de una pequeña victoria, la ansiedad por recuperar la autoridad vencida después de la amarga conversación de la noche anterior –fue incre-

íblemente una conversación, sin explosiones ni violencia-, en la que ella había dicho lo que tenía que decir, con una serenidad temblorosa y condescendiente, liberando lo que quemaba sus noches en la insistencia del remordimiento. Quizá había sido peor esa extraña paz de respuesta, los ojos atentos pero vacíos, como si aceptara lo que estaba oyendo, lejos de todas las reacciones que ella había imaginado cuando aún no se animaba a contárselo. En ese momento sabía que no iba a quedar así, que mientras la miraba con resignación, estaba cavilando una venganza inesperada y artera. Todos esos motivos latían en esa terquedad por llegar al río, aun cuando era lógico, lo sabían hasta quienes por primera vez llegaban pálidos y sorprendidos por la violenta belleza, que el agua indefectiblemente bajaría después de seis horas de tormentas en las cumbres.

Iba conduciendo con la vista hacia la ruta que devoraba el parabrisas, ausente, levitando sobre el asfalto que comenzaba a calentarse bajo el cielo recién abierto, el sol que transpiraba su fuego abrasador. Había en su sonrisa, frente al camino que se abría por el valle, un dejo de satisfacción falsa, una tranquilidad endeble y volátil. Claudia sólo callaba para no dar pretextos.

La discusión sobre la visita al río había acabado -ya entraban al tramo de ripio que anunciaba la llegada- sólo restaba saber, ambos lo esperaban, quién tendría razón al final del día; como casi todos los días, esa tediosa repeti-

ción de discordias fútiles de las que esperaban la resolución con ansiedad para crecer un poco más sobre el otro.

El chico jugaba en el asiento trasero, ausente de todo: del paisaje que se erguía, del silencio hinchado que amenazaba el interior del auto, del intento por reeditar lo mejor de una vida, las vacaciones espontáneas pero demasiado proyectadas, un lugar en donde creyeron ser felices, donde parecieron una familia, las anécdotas allí donde ocurrieron y que después sonaron idiotas o imposibles.

Claudia lo percibía, acaso era consciente de lo inevitable por ser la causa, el desencadenante del final. Conocía los motivos porque llevaba meses inventariándolos para justificar lo dicho la noche anterior, esa noche que parecía demasiado cercana a esa tarde en la que se encontraron solos con el murmullo del paso del agua, con los otros sonidos que se colgaban tenues de ese murmullo: los pájaros, el vaivén de las ramas.

El chico, apenas bajaron del auto, fue corriendo a sentarse en la roca que dejaba ver su lomo gris en la superficie del cauce, en medio de ambas orillas. Al correr hacia allí no se hundían más que sus rodillas, y sentado sumergía los tobillos, sufriendo con gracia la temperatura de enero. Gozaba lejos del mundo complejo y misterioso que no podía explicarle por qué sus padres no estaban allí con él, salpicándose, llevándolo en andas hasta las zonas más profundas. Su pensamiento inocente no arriesgaba aun esos interrogantes, pero existía una

inquietud, una curiosidad natural por lo que se negaba a ser como era siempre.

Claudia miraba con recelo cómo su marido cubría abstraído su cara con el diario, recostado su cuerpo blanco y seco sobre la arena incómoda. Intentaba discernir si ese temor, la vigilancia constante de las señales de la naturaleza, la espera inquietante de la sirena, eran otra vez la búsqueda de un triunfo sobre el capricho de él, o si realmente iba a ocurrir esa misma tarde, con nadie alrededor, cuando su hijo estaba sentado de espaldas a la corriente.

Los primeros años, cuando oía hablar de la crecida, creía que era lenta y tranquila, sobrevenida con calma, acaso sí más rápida de lo que podía verse: el color del agua oscureciéndose, el despojo del monte flotando en su extensión. Pero un baqueano, unos años antes y en ese mismo arroyo, la había descripto como un vendaval, un remolino de agua barrosa y troncos. El sonido amplificado de una locomotora, aunque no fueran esas las palabras que había utilizado, una ola que envolvía la calma del cañadón arrasando todo lo que hasta ese momento era fijo e inmóvil. En ese momento, los dos sentados en la piedra donde estaba el chico y el baqueano desde la altura de su caballo, había pensado en lo que sucedería en el interior velado del torbellino, y como si hubieran leído en sus ojos aterrados el pensamiento, antes de hacer torcer con la rienda la cabeza brillante y aterida del caballo, el hombre había dejado

escapar las últimas frases con naturalidad y hasta cierta indolencia:

¿Sabe por qué le dicen a esas piedras cantos rodados? Porque la corriente hace rodar las piedras. Estos arroyos se llenan de piedras que bajan desde las sierras con la correntada. Imagínese la velocidad que llevan cuando vienen con la crecida. Al que se lo lleva no lo mata ahogado, lo destroza en la maza de agua con las piedras.

Ese mismo verano o quizá otro, le habían contado de los Marini. Habían administrado la hostería en donde se habían alojado en las Rabonas. Los dueños les relataron la historia la noche en la que llegaron. Ella estaba embarazada de su hijo y cuando terminaron de cenar y de escuchar todo aquello, corrió al baño y allí vomitó la cena y se encerró a llorar.

Los Marini iban a descansar al Valle Traslasierra todos los años; variaban los lugares dentro del valle. Ese año en Las Rabonas habían alquilado una casa cuyo fondo daba al río. La mujer miraba a su hijo de siete años desde la ventana de la cocina, mientras él jugaba en el fondo con el perro o con la pelota. Un temporal azotaba la zona desde hacía más de una semana, pero el río parecía no crecer. De todas formas ellos, como el resto de los pobladores, tomaron precauciones. Nadie podía bañarse ni acercarse al río. Seguramente –nadie lo sabía con exactitud, todo ocurrió en los terrenos de la casa– ella se habría descuidado y el niño habría bajado a la orilla. No escucharon gritos, ni alarmas. Cuando fue

inconfundible para ambos el tronar de la crecida bajando por el río, miraron hacia el patio y sospecharon lo peor.

Nunca lo encontraron. Vendieron sus propiedades en Buenos Aires y compraron una casa a dos cuadras de donde perdieron a su hijo. Allí fundaron la hostería cuyo nombre era obvio. Dicen que ella insistió con mudarse, obsesionada con que aún podían encontrarlo, o que podía volver y ellos debían estar allí en ese momento. A los setenta años se voló la cabeza, encerrada en el baño de un hotel de Mina Clavero. Él murió de cáncer unos años después.

Le ofreció una sección del diario, sin mediar palabra, sólo la mano extendida y una mirada inocua, distante. Todo era indiferencia, gestos corrientes, como si ella no le hubiera dicho horas atrás, sin avisos ni sirenas, lo que ningún hombre quiere escuchar. Esa simulación ocultaba arteramente –ella lo intuía– la perpetuación de ese camino de siesta que no partía ni llegaba, camino en el que la culpa se recostaba sobre sus hombros y la piedad sobre él, la piedad de los demás que sin duda se enterarían de todo en cenas íntimas en casas ajenas en las que nunca había estado del todo cómoda. Porque ése era el siguiente paso de la venganza, lo que aun continuaba agazapado detrás de la sonrisa con la que ofrecía, indolente, una sección del diario.

La tarde se iba yendo por detrás de los cerros. Entre la frondosidad del monte y las piedras penitentes que rodeaban la soledad, quedaban ellos en la hondura, con

las palabras encerradas en los labios, descompuestas. Sobre el filo del papel, Claudia miraba a su hijo azogando sus manos con la mica. Consideró su ingenuidad, la virulencia del primer dolor que lo acechaba, la herencia inevitable y la huella que llegaría a los hijos de sus hijos, incontenible, filtrándose en su historia como una grieta de humedad.

El agua oscureció: lo notó juntando los pedazos de la imagen que hasta ese instante era el chico en medio del río. Entonces fue claro, ya no importaban las trampas de la sugestión, la indiferencia de su marido que jamás alertaría para no encender la vieja discusión. La piedra estaba cada vez más anegada, apenas se veía por encima del manto marrón. Cuando había conectado todos los indicios, los suficientes para fingir hartarse, montar una escena de enojo y levantar al chico de los brazos para acercarlo a la costa, sonó siniestra la sirena por el valle.

No había logrado leer un párrafo, letras y palabras que cruzaron su vista con un sentido efímero y confuso; en ese transcurrir sedado del tiempo trató de adivinar la incomodidad de su mujer, anhelando un ruego, un perdón que no iba a concederle –imaginó la escena: ella acercándose compungida, desolada, hablando de empezar de nuevo, de su vida vacía y mediocre sin él–, pero que al menos serviría para aliviar la angustia que le cerraba la garganta o acaso para recuperar la dignidad que pensaba perdida.

Era imposible perdonar. El rencor persistiría, aferrado a cada palabra, cada gesto. Algo inesperado y poderoso había llevado el recuerdo de todo el resto de esa vida juntos, los álbumes de la memoria, las risas remotas.

Por esa atención obsesiva sobre ella –ahora se acercaba a la orilla con la vista suspendida en un punto que no incluía a su hijo– pudo advertir antes que las señales, antes de que la vibración estridente e inequívoca de la sirena llegara a sus oídos, cómo su mujer corría desesperada hacia el chico; antes de oír también –lo oyó cuando ya estaba junto a ella, los dos luchando contra la fuerza del agua– el rumor de la corriente que llegaba vertiginosa y voraz desde río arriba, trayendo en su masa todos los sonidos del cerro. Comenzó a correr contra el agua, un remanso furioso se formaba en sus rodillas, la arena del fondo del río se empantanaba en sus pies, haciendo inútil el avance. Miró a los costados para buscar el lugar que estuviera más cerca de la costa, o para encontrar una rama que le sirviera para aferrarse y sacar a su hijo. Pero la visión le causó pánico: el agua oscura y helada ya acariciaba las plantas que hasta hace unos minutos estaban por encima de los senderos del borde. Las ramas que caían se iban rápidamente con el cauce sin darle oportunidad de atraparlas.

Cuando llegaron ya no estaba sobre la piedra. Peleaba, como ellos, para mantener su cuerpo firme y quieto por encima de la superficie; pero tan frágil, tan pequeño, daba vueltas entre la espuma, manchas pálidas

que aparecían y se esfumaban en la sombra marrón, cruzando la línea de la mirada de ambos que eligieron tirarse planos sobre el pulso del río para detener sus pies blancos y flácidos. Esos pies que descansaban cada mañana a su alcance, tan solo estirarse y tocarlos, cubrirlos con la frazada o destaparlos en verano, y ahora tan resbalosos y esquivos, tan imposibles.

Se sentó en la cama, agotado. Quizá con el mismo silencio de la tarde cuando conducía hacia el arroyo, con los codos recostados sobre sus rodillas, la cara sostenida entre las manos. La hostería llegaba con el fondo hasta la última calle, y de allí se levantaban inmensas las montañas; podían verse desde el patio, entre las hojas vivas y sudorosas de la parra, a punto de caer sobre el pueblo. También podía verlas Claudia, en la ventana abierta tras su marido, y lamentaba que esas rejas coloniales, esa galería con persianas de madera, ese techo verde que rodeaba el césped húmedo no estuvieran en otro lugar, con otras gentes, su vida revuelta en un cubilete y vuelta a tirar al mundo sobre ese patio. Lo oyó llorar, un quejido infantil, patético. Se acercó. Suspendió su mano sobre el cabello opaco y enmarañado. Pero se detuvo. Algo cruzó su memoria, una miríada de sospechas y presagios que no pudo clasificar en ese momento, pero que le indicaban un camino distinto al que había recorrido desde su adolescencia quebrada y marchita. Sin rozarlo le dio la espalda y salió de allí hacia la habitación contigua. Se sentó junto a su hijo que

dormía plácidamente, velando un sueño de aguas dulces y tranquilas, también en otro lugar. Extasiada y serena por un alivio que iba a reprimir, comenzó a buscar las valijas con la mirada. Afuera continuaba lloviendo sobre la calle, sobre los tinglados –podía escuchar la música–, sobre las montañas cubiertas de nubes.

Alfa Romeo

Cuando pasó el tiempo y quitó el polvo de las grietas, pudo recordar que alguien –acaso su madre– le había dicho, segundos antes de que sus pies cruzaran el umbral, que tuviera cuidado porque la noche estaba densa y peligrosa, llovizna y humedad, una pesadez extraña que él también presentía, pero a la que restaba importancia como si fuera una superstición, nada que no pudiera volarse con el buen ánimo y la compañía.

Salió caminando en el reparo débil de los aleros, los paraísos demacrados del otoño, mirando cómo se nublaban las luces en el manto de la niebla húmeda, tras los párpados que también se cubrían de gotas. Llegó con los demás y fueron trotando hasta la cancha, tres cuadras después de la última calle asfaltada, y en ese espacio abierto y rústico parecía que el clima era más hostil; el viento persistente del sur sacudía la llovizna contra los cuerpos.

Era el mismo lugar de siempre, el baldío de su infancia rodeado de zanjas y de pilas de botellas vacías, el club de fútbol infantil al que había que entrar saltando los tapias, ahora una cancha privada, administrada por uno de los serenos del viejo club que había usurpado la casilla. Nadie le negaba ese derecho, lo creían legítimo

por haber visto crecer allí a sus hijos, por haber defendido las instalaciones eléctricas y la plomería de los saqueos de diciembre.

Empezaron casi una hora después del horario estipulado, esperando a que el partido anterior terminara, mojándose todos contra el alambrado y viendo volar los panes de césped en los laterales de la cancha. No había charcos ni lugares realmente resbalosos, sólo el pasto húmedo y la tierra pesada. Por momentos se sintió realmente incómodo, toda su ropa estaba mojada, su cabello, sus manos; no podía encontrar un lugar en donde sentarse o apoyarse que no estuviera húmedo. Esa molestia fue la advertencia –lo supo más tarde– sobre lo que traería la noche.

Luego, el recuerdo fragmentado. El comienzo amable y distendido, una o dos jugadas sin importancia, miradas que viajaban en su movimiento y luego, con nitidez, el momento de caer: la espalda del rival, la sensación de sentir su cuerpo pesado cada vez más cerca del piso después de haber trastabillado. Terminó de tropezar con los talones de su perseguido y cayó sin control de sí mismo. Hubo un instante de vacilación en el que no pudo decidir si debía soportar con los brazos la caída para no golpearse la cara, o darse vuelta antes del final para amortiguar el cuerpo con el hombro. Entonces en la confusión quedó a medio camino y al caer sólo dejó el brazo izquierdo debajo de todo su peso. El revuelo de la visión, la tierra pasando por el costado de sus ojos, y el

horizonte inclinado que se marcaba con el arco lejano y las torres de luz. Hubo un ruido que comprendió cuando ya estaba de pie. Una rama quebrándose frente a un micrófono. Se incorporó. Todos corrieron hacia él. Su brazo, desde el codo hasta los dedos contraídos, se torcía para el lado equivocado. Sentía un leve mareo, una confusión que no era natural. Lo rodeaban y observaban como quienes miran desde afuera la jaula de una fiera. Con la otra mano envolvió el brazo oscilante con la camiseta, tomando el ruedo desde abajo, en cabestrillo. Cuando se animaron a auxiliarlo, cuando les dio confianza verlo seguro y lúcido, lo tomaron de los hombros para acompañarlo hasta afuera de la cancha, caminando despacio como si a ellos también les doliera ese bamboleo extraño que estaba ahora contenido en la camiseta. El los miró con una solvencia que se iba desvaneciendo con el mareo, y con cierta determinación les dijo: creo que me fracturé.

Subieron a la camioneta del encargado de la cancha, o acaso de algún vecino que estaba mirando el partido desde la vereda y oyó el griterío. Fueron por calles oscuras, tomando a velocidad pozos que en el sobresalto lo hacían gemir, calles familiares que le recordaban otros hechos de su vida, ahora lejanos e inverosímiles. Pensó, como siempre pensaba cuando se encontraba en una situación indeseada, que tendría que haber disfrutado hasta el último minuto esos hechos, o que deseaba volver

a ellos en un giro mágico del tiempo. En la sombra de una de esas calles, entre ensueños, se desmayó.

Los fluorescentes pálidos, los pacientes tirados sobre los bancos, algunos durmiendo con las piernas recostadas sobre los respaldares. Llegó en silla de ruedas a Rayos. Había estado en una sala de espera, solo, sosteniendo el brazo todavía embarrado en la camiseta. Sentía fastidio por las náuseas y la somnolencia. Una mujer se asomaba a ratos por una puerta vaivén para preguntarle si precisaba algo. Al recobrar el sentido pleno, tomó conciencia del dolor agudo y persistente que le apretaba el brazo desde adentro. Duró muy poco el empeño de soportarlo hasta que la enfermera se asomase y pudiera decirle que no soportaba más. Comenzó a gritar, desesperado. Gritaba y se avergonzaba de su voz retumbando en las paredes del hospital, volviendo a sus oídos como un ruego ajeno, patético y triste.

¡Enfermera! ¡Enfermera!

Salieron varios médicos desde la sala que se ocultaba tras las puertas. Uno le habló. Pudo ver, a través de la ranura de luz que se abrió tras ellos, unas camillas ocupadas y un fondo blanco y metálico.

Tranquilo maestro. Ya te vamos a atender. Tenemos que llevarte a Rayos antes de hacer cualquier cosa. Después te vamos a inyectar algún analgésico.

Por un instante, luego de oír la voz condescendiente del médico, volvió a ser un niño, a sentir esa vulnera-

bilidad, la satisfacción del reparo de los adultos; pero también cierto pudor e impotencia, sobre todo en presencia de las enfermeras. El escándalo surtió efecto y lo llevaron rodando a esa otra sala más pequeña, cargada de máquinas y tubos, cables gruesos y batas colgadas de las sillas. La enfermera lo dejó en compañía de una mujer joven. Tenía el pelo corto, rebajado en los bordes. Era castaña y de ojos marrones, casi transparentes. Los brazos delgados, los pechos que parecían pequeños y firmes, la expresión fresca y despreocupada. Caminaba descalza, mientras preparaba la camilla bajo la máquina de rayos. Pensó que desearía sentir el frío de los mosaicos en las plantas. Los pies eran pequeños, apenas se asomaban bajo el ruedo remangado de los pantalones de hilo. Recordó un plano de los pies de Sarah Polley, parada bajo la lluvia en el patio de la casa de su madre, esperando que la humedad del pasto llegara a sus dedos (recordó también que Sarah tenía un anillo en el dedo anular del pie derecho y que a la radióloga le quedaría bien). Fue la única imagen agradable de la noche, la que intentaría retener unos minutos después, cuando esa misma mujer a quien deseaba en un momento inoportuno, por querer evitar que se apagara la luz de la máquina de rayos, soltaría la plancha de metal que mantenía en el aire la fractura quieta. La plancha cayó y ambos alcanzaron a detener el brazo antes de que volviera a flamear. Lloró de dolor. Desde niño que no lo hacía. El dolor terrible que arranca las lágrimas, los gritos. Después tuvo que soportar el

llanto de ella, mientras le reconstruía la férula. Que no sabía qué hacer para que la disculpara. Que no dijera nada de lo ocurrido. Que era una practicante. Que no quería perder el puesto. Podría haberla abrazado si hubiera tenido los dos brazos. Imaginó hacerlo con uno y le pareció molesto y ridículo.

Le sonrió para dejarla tranquila y aunque hubiera querido no hubiera podido denunciarla. Después el médico especialista miraría la placa y descubriría que no sólo tenía una fractura doble, sino que además los huesos, cúbito y radio, estaban superpuestos. Había que abrir, estirar los huesos hacia fuera, encajarlos como un mecano y luego sellarlos con planchas y tornillos. Nunca iba a saber realmente si aquél desacomodo era consecuencia del accidente o de la negligencia de la radióloga que antes de despedirlo le dio un beso en la frente, como una disculpa más íntima y sentida. Se fue sin saber su nombre.

La enfermera lo llevó hasta la sala de guardia. Allí le harían el yeso y le aplicarían los analgésicos. No podían operarlo. Era un hospital de emergencias y su dolor, su herida, no era urgente. Podía esperar. La enfermera le explicaba esto mientras viajaban por los pasillos sombríos y asépticos, cruzando puertas vaivén que amenazaban con su retorno. Llegó a la guardia. Había cuatro camillas, tres de ellas estaban ocupadas. Con un vistazo comprendió que efectivamente su fractura podía esperar. A centímetros de él, primera camilla, un médico cosía debajo de

unas rodillas. Un agujero rojizo por dónde podía verse músculo y hueso. Había estrellado su moto contra el paragolpes de un auto y había volado por encima de él, cayendo contra el cordón. Gemía y lloriqueaba. Más allá, segunda camilla, un hombre sentado en el borde le explicó que lo cosían sin anestesia porque ya no tenían. Tampoco tenían gasas y utilizaban pedazos de sábanas esterilizadas. Oyó la voz de ese hombre sin prestarle demasiada atención al cuerpo desde dónde provenía el sonido. Luego se detuvo en eso. Era un hombre mayor, barbado. Sus pantalones eran harapos, sus pies descalzos, uñas largas encostradas de barro. Su torso desnudo estaba envuelto en una tela blanca, en la que podían notarse dos manchas imperfectas de sangre que se esparcían hacia los costados. Tenía las manos detenidas en el aire, como si estuviera alabando. También estaban vendadas y con sangre.

Se miraron. Conversaron como si el médico y el hombre de las rodillas abiertas no estuvieran. La cuarta camilla no contaba: era una mujer inconsciente, tapada hasta el cuello por una frazada y rodeada de sondas y cables. No estuvo más de dos minutos desde su llegada, la llevaron tres enfermeros que cubrían sus caras con barbijos y sus pies con bolsas.

Me picotearon entre dos. Son los dos que viven conmigo. Yo vivo acá a dos cuadras, debajo del árbol grande que está en la plaza. Me picotearon por el escabio. Me puaron.

El viejo bajó la mirada a su torso, como si quisiera indicar que era ese el blanco elegido y que allí habían llegado. Entonces comprendió que la mayor cantidad de heridas las tenía en las manos porque había atajado los puntazos con las palmas.

¿Y cuántas heridas tiene en las manos?

Hizo un ademán de no saber, miró al médico que terminaba de dar la última puntada y limpiaba sus manos con un trapo. El médico devolvió la mirada y sonrió.

Tiene doce, siete en la derecha y cinco en la izquierda. Te llegaron al pecho nada más que dos. Te salvaste esta vez viejo. Pero la próxima te la van a dar en serio si no te vas de ahí. No es la primera vez.

El médico lo miró buscando complicidad.

El mes pasado vino dos veces. Una con un botellazo en el hombro y otra con otro puntazo en la cadera. Lo curamos y el boludo no quiso hacer la denuncia. Los canas le preguntan quiénes son y no dice nada. Después vuelve a chupar con esos hijos de puta que lo quieren matar. Claro que por más que haga la denuncia nadie va a hacer nada, se tiene que ir a la mierda de ahí y listo.

Bajo un árbol. La tierra mojada. Su cuerpo recostado en la humedad, en un día como ese. Una botella de plástico con agua, una caja de vino barato. La ropa siempre sucia. En invierno durmiendo sobre una bolsa de cartón, o de papel, las bolsas de harina de cincuenta kilos, tapado con algunas frazadas y con toda la ropa disponible, acaso un gamulán viejo con olor rancio.

Cuánto podía durar él en esa vida. Cuánto sin contar que otros dos pudieran atacarlo dormido y matarlo a puñaladas.

Lo miró con cierta compasión y el viejo sonrió. Le pidió que se acercara, mientras el médico salía en busca de más pedazos de sábanas o de alcohol, para seguir torturando al hombre de las rodillas que fijaba su mirada en el techo y hacía rebotar en él un quejido casi imperceptible. Se sentó junto al viejo y este le pidió que le alcanzara una bolsa que estaba colgada de uno de los ganchos de la camilla. Se la alcanzó. El viejo, con dificultad, colgando de su dedo pulgar, sacó un llavero de automóvil. Era una especie de miniatura de pelota de rugby, de color morado. Le agradeció entre risas.

Es la llave de un Alfa Romeo. ¿De dónde sacó una llave así? ¿Usted tiene uno?

El viejo también soltó una carcajada y bajó los brazos hasta sus faldas.

Tenía.

No me diga. Se lo afanaron esos dos que viven con usted.

No, en serio. Yo era un hombre de mucho dinero.

Si hubiera borrado la sonrisa de la cara, quizá le hubiera creído. Pero siguió riéndose, aún cuando comenzó a contar la historia. Los dos lo hacían, mirándose y subiendo la intensidad de la risa cada vez más.

Yo era dueño de una concesionaria en San Nicolás. Puse todo a nombre de mi mujer, y ella y mi cuñado me

echaron. Me quedé en la calle. Tenía una fortuna. Una casa en Chapadmalal, una ahí en San Nicolás, un departamento en Buenos Aires, cuatro o cinco autos. El Alfa Romeo era rojo y chatito. El único que había en la Argentina. Y me quedé sin nada amigo. Me dejaron en la calle.

¿Y se quedó con la llave del chatito de recuerdo?

Los dos soltaron carcajadas. El viejo se quejaba cuando tomaba aire para seguir riéndose.

Lo tengo por las dudas, por si lo veo en la calle y ahí nomás se lo afo a mi cuñado.

Sintieron la puerta abrirse e interrumpieron el festejo. Era el médico que lo había calmado en la sala de espera junto a otra enfermera. Con esa presencia recordó que su brazo estaba partido. También recordó el dolor. Le pidieron que se sentara en otra de las camillas. El médico desenfundó las radiografías de un sobre blanco y las miró contra la luz de los fluorescentes. Le mostró luego las fracturas, los huesos astillados y en una posición imposible. Eran sus huesos. Su brazo. Su organismo frágil y perenne. La enfermera le pidió que se inclinara sobre la camilla y que bajara un poco sus pantalones. Estaban mojados, llenos de tierra y de pequeñas hebras de pasto. Sintió un pinchazo seco y agudo y después el líquido aceitoso del analgésico que iba ingresando despacio y dolorosamente por su nalga. Un calambre endureció toda su pierna. Otra vez lloró, pero esta vez fue sólo una lágrima, una lágrima simple y vergonzosa que escabulló de sus párpados.

Dos semanas después volvió al hospital. Lo habían operado en un sanatorio de Boulevard Oroño, enfermeras jóvenes, comida a la carta. Un día internado después de la operación y volvía a agradecer las atenciones de esa noche. En realidad volvía en busca de la practicante; la gratitud era sólo una buena excusa. Su brazo estaba enyesado, cosidas con puntas gruesas las heridas, los tajos por donde habían estirado y encajado sus huesos para después atornillarlos. A ella no la encontró. Sí a los otros médicos y enfermeras que apenas pudieron agradecerle que los hubiera recordado. Tan sólo dos minutos de preguntas sobre su salud, su brazo y el deseo de que le retiraran pronto el yeso. Antes de salir observó a cada una de las personas que estaban en la sala de espera del hall. Tenían un semblante de resignación, de serenidad ante el dolor. Comprendió o creyó comprender de dónde provenía la palabra paciente, como otra de esas tantas verdades que parecen tan obvias y absurdas cuando se revelan.

Caminó por calle Sarmiento hacia el sur y ladeó la plaza. El árbol era un palo borracho, sus ramas caprichosas cayendo a los costados y las raíces gruesas rodeando la tierra; de ella colgaban algunas prendas. Nada era como lo había imaginado. En medio de la habitación improvisada habían apilado unos colchones sin forro, el vestigio de una fogata y las bolsas de nylon guardando latas y envases vacíos. Dos hombres, algunos metros más hacia el centro de la plaza, bebían en un

banco, bajo el mercurio. Ninguno de ellos era viejo, ninguno era él. Se detuvo y por un instante pensó en preguntarles, un instante que duró tanto tiempo hasta que lo miraron y lo observaron cerca de sus cosas, bajo el árbol. Lo intimidaron con señas y algunos insultos que no pudo escuchar. Les dio la espalda y caminó hacia la esquina en busca de un taxi, casi trotando, con el brazo resentido vibrando en cada salto. Podía leer en el trabajo los diarios de todos los días anteriores, desde aquella noche hasta ese mismo día. Las noticias policiales, los obituarios. Pero aunque hubiera ocurrido, aunque aquél médico acertara en su molesta opinión, aún cumpliéndose esa predicción que sonaba como un chirrido agudo e incómodo entre las risas del viejo, nunca llegaría a ser noticia. Unos meses después encontraría el llavero en un frasco donde guardaba los lápices o las biromes que ya no servían. Le recordaría la historia de la concesionaria y se preguntaría por el viejo; recordaría también el momento en que se rieron juntos y mirando el llavero sonreiría. Esa duda duraría sólo segundos, hasta el llamado de algunos de sus hijos, de su mujer, del teléfono. Siempre así, cada vez que vaciara el frasco o los cajones en donde seguro iría a parar en algún momento el llavero. Por mudanzas. Por años.

Alacranes

En el umbral, un poco más fresco, dejando atrás la tarde calurosa, soñó otros lugares: tras un marco de madera rústica podía ver una campiña con hierbas crecidas, balanceándose al viento como una multitud ordenada que quebraba sus cinturas. O tras la misma ventana, un sendero entre sauces que bajaba a un arroyo invisible, una llanura de nieve, un desierto blanco manchado de zorros y coníferas, o la tormenta en esa misma ciudad, en el barrio de su infancia, llevando hacia el cemento una frescura limpia. Había una imagen construida en el anhelo, la imagen de una tormenta ideal de la que había sido testigo hacía unos años: volvía del colegio, había saltado del ómnibus a la vereda y sentía el cimbronazo del viento que traía olor a tierra húmeda. Apenas tuvo tiempo para correr, cerrarle la puerta en la cara a las nubes y abrir el postigo para ver el derrumbe del cielo. Primero la sábana de granizo sobre los yuyales que rodeaban la zanja, la blancura del hielo corrompida por el barro de la calle. Después el aguacero, la cortina gruesa y repentina, la mano del viento que la hacía látigo y la estrellaba contra las paredes, los árboles elásticos.

Había un caniche sentado en una ventana, entre el cálido refugio de la habitación y la reja. Asomaba su

hocico, ladrándole a la lluvia y tirándole tarascones. Un hombre montado en una bicicleta se esforzaba por avanzar contra el viento; las ráfagas lo detenían con sus llamas de agua y tierra. Se apeó e intentó caminar, pero el peso de la bicicleta y de su ropa mojada lo vencieron. Cayó arrodillado. Lentamente, con hilos de agua cayendo de su nariz y su frente, buscó refugio en un garaje. Las zanjas ya estaban rebalsadas. El agua marrón superaba el nivel de la vereda, un gran charco que sólo rebotaba contra la altura del centro de la calle y abría un sendero entre dos mares que cruzaban la cortada, el paso del mar rojo, una madera sobre el espejo. La fuerza de la tormenta amainaba y el manto opaco de la lluvia devino en una brisa de llovizna. Fue un respiro para el hombre de la bicicleta. Se incorporó para intentar su regreso –lo imaginó en ese momento con sus ojos de niño y ahora era un recuerdo– a un barrio seguramente igual a éste, en donde estarían las ramas esparcidas por la vereda, los cables colgando de los árboles y chispeando. Algo lo detuvo. Algo que también sorprendió al caniche y al niño que asombrado abría los ojos como dos lunas. Por las zanjas corría un río veloz, saltaba de su cauce por sobre los puentes y caía en saltos a la zanja siguiente. La primera salió tambaleándose, casi ahogada, desde la profundidad, desde su guarida en algún caño anegado. La piel blanca entre los nudos de pelos húmedos. Ya eran varias. Después miles. Corrían por el sendero hacia la esquina, como si alguien deslizará una alfombra gris.

El caniche no toleraba el desfile. Otra vez se esforzaba por saltar hacia la calle, gruñendo enloquecido. El hombre de la bicicleta estaba inerte, las ratas corrían a pocos centímetros de él y por momentos alguna se acercaba para husmearlo, sospechando algo vivo. La cantidad era inverosímil, un cuerpo único de piel, patas y chillidos sacudiéndose en la calle, cada vez más ancho, cada vez más cerca del hombre que empezaba a acertar puntapiés a la multitud para mantenerlas a raya. Alguna quedaba prendida de los zapatos y debía sacudir su pierna con saña para devolverla al montón. Aunque estaba concentrado en el terror del hombre, en sus insultos y gritos desesperados, con el rabillo del ojo pudo ver –deja caer ahora la comisura de los labios en señal de asco, de miedo– al caniche que lograba cruzar el cuerpo por entre las rejas y saltaba sobre las ratas a dentelladas, como si fueran a deshacerse en su boca como las gotas de agua. En segundos la marea gris lo cubrió. El tiempo se perdió con el correr de las bestias, el hombre también se detuvo y esperó el desenlace, sin importarle las últimas ratas que pasaban por encima de sus zapatos. Después de las rezagadas, pudieron ver el pelaje desparramado, con manchas carmesíes, como los algodones que solía ver en el cesto del baño.

En ese instante, dejando ir a los sueños y volviendo a la tarde bochornosa, introduciendo la llave, dando vueltas el pequeño perno de acero en el silencio, lo sorprendió que las señas repetidas, las que acompañaban

siempre ese ritual cotidiano, no se cumplieran. Ya después no precisó de señales. El animal no había saltado ni rasguñado la puerta antes de entrar al departamento, ni había escuchado su jadeo y la agitación en el palier; pero esos fueron pequeños signos que sólo entendió al confirmarlo. Bastó con verlo arrinconado y quieto, debajo del sofá. Allí había ido a esconder el dolor como una vergüenza, el dolor de lo que fuera que terminó por llevarse a ese lugar oscuro.

No quiso tocarlo. Con la punta del zapato rozó el vientre duro, la mirada cristalina y ausente no cambió, no hubo parpadeos ni reflejos. Imaginó los gemidos, se angustió con la mirada caída y piadosa.

Se habría ahogado, sufrido convulsiones, o quizá un incendio habría prendido sus entrañas, y la espuma –que blanqueaba el piso– habría ahogado el grito. Al soltar el último hálito de energía, también los orines salieron de su cuerpo, llegando hasta la puerta de la cocina.

Lloró. Cubrió el cuerpo con una sábana y sus manos con guantes de nylon para manipularlo. Lo embolsó y lo dejó en el lavadero. Cerró la puerta porque tuvo cierto miedo a escucharlo, a ver la bolsa de consorcio moverse.

Se descalzó y comenzó a lavar el rincón de su muerte. Con el trapo nauseabundo que había absorbido la espuma y el orín, arrastró un pequeño cuerpo extraño, naranja y transparente. Creyó que se trataba de los tantos hules con los que se entretenía. Un alacrán, aplastado y desmembrado. Habría salido probablemente de la rejilla

del baño. Inocente, ingenuo, el animal habría jugado con él, arrastrado ese juguete vertebrado y móvil con las pezuñas, quizá con el hocico, ladrando con las patas delanteras planas; y el asesino esperó, con la frialdad y la eficacia del instinto, hasta tener un espacio de carne quieta y libre para clavar el aguijón, enterrarlo, despedir lentamente el veneno y dejar que la parálisis fuera subiendo desde las extremidades hasta el corazón, el pequeño y ágil corazón que no lo soportó.

Después de limpiar, cayó resignado en el sofá y se dejó sorprender por la incredulidad, hasta que decidió llevar el cuerpo hasta el veterinario para cerciorarse de la causa, aunque eso implicara un esfuerzo fuera de lo común para su vida, para ese día que solía terminarse como todos.

Recordó, acaso obligado por la impotencia y por el odio, que sus vecinos alguna vez se habían quejado de los ladridos, del olor a pelo húmedo que llegaba en oleadas desde el balcón los días de lluvia. También llegó repentinamente sobre las voces de sus vecinos y sobre el relato del encargado que detallaba las quejas en la reunión de consorcio, la imagen del manto negro que custodiaba el galpón del almacén de Matías, donde trabajaba cuando niño. Recostado en el hueco que dejaban las cajas, con un hilo de sangre saliendo de la boca, la lengua afuera, flácida y seca. Le habían tirado en la madrugada un pedazo de carne con vidrio molido. Esperaron detrás del tapial, oyendo los quejidos, hasta

oír el grito final y lastimoso que anunciaba la muerte. Luego entraron y se llevaron todo: mercaderías, dinero, hasta el ventilador de pie que giraba las aspas polvorientas con pereza.

Algunas lágrimas volvieron a caer antes de llegar, las barría con cierta vergüenza con la manga de la camisa. Llamó a la puerta con aprensión, deseando por momentos que nadie lo atendiera, para evitar las explicaciones que, después del vértigo y la urgencia, parecían banales.

El veterinario lo recibió en pijamas, con cierto fastidio, pero con un gesto acostumbrado y natural, como si todos los días recibiera visitas inoportunas de clientes temerosos o dementes cargando a sus mascotas embolsadas. Recostaron el cuerpo sobre la camilla y lo despejaron del nylon negro con un extraño e inútil respeto. Buscó la herida entre los pelos. Los ojos del animal no miraban, se sostenían inmóviles contra la pared, helados. El cachorro saltarín, las patas de la mesa mordisqueadas, los saltos sobre el sofá cuando aún no llegaba a subirse, las fotografías de sus primeros meses, en las faldas, entre las sábanas de la mañana.

La roncha lacerada estaba en el vientre, entre las tetillas. Tenía poco peso para aguantar el veneno, probablemente había agonizado sólo algunos minutos, o quizá fuera mentira y el veterinario estaría evitando perderse en los detalles dolorosos, las imágenes que se crean sin voluntad y quedan fijadas, y vuelven siempre disparadas con un nombre, un ruido.

Vienen en yunta, de a pares. La frase fue un juicio ominoso que tomaría dimensión de verdadero terror cuando ya no tuviera al cuerpo frente a él, sino cuando volvieron a cubrirlo y quedó para siempre en la pequeña morgue, en ese servicio raro y desconocido para él hasta ese momento. No es nada, y una palmada condescendiente en el hombro, alterando la formalidad, acaso exagerando la angustia.

Vienen en yunta.

De regreso, maldiciendo en voz alta, pensó en los pliegues diminutos de la alfombra, en las tantas veces que tiraba el colchón en el living para ver televisión, la distancia cada vez más corta entre el piso y su piel, y desde la superficie blanca –que delataría siniestra la mancha naranja caminando con la cola erecta– hasta la almohada. Una búsqueda frenética y minuciosa se planeaba en su mente y se interrumpía sólo por el color de los semáforos en las bocacalles. Una fumigación, un gas espeso y gris colándose por los intersticios de las aberturas, llegando a los pasillos, ahogando también a sus vecinos, cerrándoles la garganta en sus siestas, limpiando de alimañas y sabandijas el edificio.

Entonces vino la sospecha, el miedo. Volvió sobre sus pasos desde que encontró al perro. La puerta de la habitación estaba cerrada y él no había entrado en ella. La cocina estaba incomunicada con el living por otra puerta, también cerrada, y era imposible que pudiera pasar por debajo. Su peso era suficiente, sólo sería dolor,

un anzuelo que se clava en la carne, quizá mareo, vómitos. Volvió al mapa de su pasado reciente. Los mercurios calentándose ya le daban una luz forzada a las calles en el frío principio de la noche. Había ido sí al lavadero a buscar los elementos de limpieza para asear el living, y para hacerlo había levantado la alfombra y dejado los zapatos junto al sofá, con las medias adentro. Los mismos zapatos que luego se puso exaltado, con premura, para visitar al veterinario. Los zapatos solos en el living, las medias. Sintió o creyó sentir una molestia. Realmente fue un pellizco. Cuando empieza el dolor verdadero es en el momento de la picadura –pensó–, es cuando entra la ponzoña, cuando viaja en la sangre, espesa y viscosa, ensanchando las venas. Intentó quitarse el zapato con el otro pie. El auto se desvió apenas hasta la cercanía del cordón. Volvió a torcerlo. El pánico llegó, el reflejo que deja de ser racional, proyectado. Estiró la mano hasta los cordones, apenas bajó la vista, 3 de febrero y Caferatta. Presionaba la planta de los pies contra el piso del auto, tratando de sentir que lograba aplastar algo, pero no podía diferenciar el cuerpo extraño, las patas y la cola crujiente de cualquier pequeño bulto que dejaba la media mal estirada; a veces presionaba contra los pedales y el auto se aceleraba o frenaba de golpe. Ya había perdido, en la desesperación, la conciencia de ir por esa calle, de cruzar otras calles por las que venían otros vehículos conducidos por hombres y mujeres que no tenían alacranes arteros escondidos en el cuerpo.

Cruzando por el punto de la intersección, el Mercedes Benz marrón claro, el interno de la línea 122 para las crónicas del otro día, el peso suficiente para que todo después pudiera entrar en una bolsa.

Voraz

A mi espalda, el frío de la calle, la noche que abrazaba los árboles y las veredas. Cruzando una puerta insegura y frágil, el camino a la habitación de Voraz costea el sofá cubierto de ropa, las resistencias incandescentes de la estufa, las persianas cerradas. El departamento de Voraz está en los edificios de Mendoza y Colón; las Pajareras, para los rosarinos. Una colmena, reunión desordenada de vidas; estudiantes, putas, familias de clase media. Es difícil encontrar un departamento sin una guía o conseguir que funcionen los porteros eléctricos. Imaginaba una vez a una mujer, enfermera o masajista, yendo allí por primera vez a hacer un trabajo a domicilio. La esperan en la puerta porque el portero no funciona. Ella sube por el laberinto, distraída, sin memorizar pisos ni números. Una vez en el departamento ve salir de las habitaciones a otros hombres, y comprende. La tienen durante varios días, amordazada, inconsciente. Despierta luego en el umbral del edificio. Imaginé también todo el periplo desde ese momento en el que despierta. Denuncias, constataciones. Por supuesto la vergüenza y el dolor. Y cuando va con la policía al lugar de los hechos, la desesperación por no saber exactamente dónde está el departamento; hay cientos de ellos, pueden ser los hombres que en ese momento pasan a su lado y

miran con curiosidad a los agentes. Las Pajareras dan esa angustiada sensación de lo imprevisible.

Es un sano consejo tomar con calma los mensajes de Gloria, no sólo porque el contestador siempre tiene huellas de su voz, sino porque suele hacer de todo una excusa para invadirnos, para llegar en horas desatinadas o involucrarnos en pleitos ajenos. Pero esa noche el tono marcaba algo de desesperación y ansiedad en las palabras, una tensión genuina. Llamaba desde la casa de Voraz; un rumor del viento que sacude las ventanas y los televisores de los apartamentos vecinos hacen inconfundible el origen. Después, imaginando el cuadro, comprendí: Voraz recostada, con las piernas hundiendo aun más el colchón y las sábanas percutidas, tomándole la mano a Gloria, oyendo las prescripciones médicas de una vecina.

Gloria y yo deseábamos que alguna vez nos diera una sorpresa, que no fuera ese día, como tantos otros, una ingestión imbécil de ansiolíticos, un llanto en el espejo, y al lunes de la semana siguiente el laberinto inútil y predecible de todos los actos: la dieta, la insistencia en usar la misma pollera blanca o la blusa que resistió hasta que la tela terminó por estirarse, la carne escapándose por los bordes frente al espejo; y todo otra vez desde el comienzo.

Entre nosotros ese círculo infinito era un secreto, una verdad acostumbrada a negarse. Frente a ella sólo había compasión. Gloria la amaba porque de alguna manera Voraz era la amalgama, todas sus tardes pensando en

fechas, en discusiones de conventillo, en recuerdos triviales y aglutinantes. Nosotros nos alimentábamos de ella, para que ella nos devorara.

Nos saludamos consternados, el calor me empujaba hacia un rincón húmedo de la habitación hasta aplastarme contra la pared. Cuando ya estaba exangüe, desvanecido, Voraz me saludó, me atrajo para el abrazo ceremonial. Sus mejillas mojadas, transpiración o lágrimas, se pegaron a mi hombro y a mi pelo.

Ella tuvo una niñez difícil, una madre ausente y un padre muerto. Tuvo una adolescencia rebelde, de amores y de fugas. Vivió en el sur cuando todos prometíamos que alguna vez íbamos a mudarnos al sur. Fue delgada y si ahora lo fuera, toda la indiferencia odiosa de los hombres sería imposible, un mal recuerdo. Ella estaba enamorada y nunca nos dijo de quién.

Algunos de nosotros, acaso por voluntad o desesperación, habíamos decidido en determinado momento poner límites a su manipulación y ella nos declaraba secretamente la guerra, una guerra sucia y sorda que debía terminar por cansancio o distracción.

Leandro la odiaba y ella odiaba a Leandro. En cierta forma él también era un remedo caprichoso de Voraz. Los mismos artificios. Algo tan evidente, y sin embargo, como todo lo que venía de ellos, por ser obvio o hasta grotesco, lo dejábamos pasar. Años atrás –como Voraz– Leandro había tenido adicción a las drogas, serios problemas de adicción y siempre era preciso un comen-

tario referente a ello; y cierta vez corrió a trompadas a alguien, y justo ese día del encuentro casual en la calle o en el café, se había revolcado con una mujer conocida, deseable justo para el que se había encontrado con él. Leandro era siempre un poco más que todos. Sin embargo entre él y yo hay un abismo, un minuto de verdad que nos distancia: la tarde en que la policía nos desalojó de la facultad a fustazos. Dentro del comando, tomándome del brazo, los ojos vidriosos, dijo: tengo mucho miedo. Nunca lo divulgúé, él lo sabe. Su verdadero temor es que Voraz lo sepa.

Gloria comprendió mi desesperación y abrió las persianas. El viento helado oxigenó la habitación y las piernas de Voraz se escondieron bajo la frazada. Cuando la vecina se despidió, comenzó la conversación íntima, los motivos de cada caída, la imagen repugnante que le devolvía el espejo del baño, su cuerpo contorneado por la mirada de los demás.

Comencé a irme desde la primera palabra, desde que su voz se quebró y envolvió a Gloria en la nube de fracaso. Con ella siempre es preciso dejarse llevar, formar parte de sus rituales. De otra manera insiste hasta el hartazgo. Entonces acomodé en vidriera las miserias propias, las ridiculicé. Mi pánico por dejar de coger con otras mujeres que no fueran la mía o la enfermedad que había arrancado una pierna de mi viejo, de pronto era una razón para reírnos.

De a poco fueron llegando todos, sentados alrededor de la cama, como si la mesa estuviera servida, como tantos otros banquetes en los que la bandeja sobrevivía a las manos del mozo con uno o dos trozos de carne y siempre era la misma mano la que apuraba el zarpazo, la mano pecosa y urgida.

Los recibimientos demoraban mi huida y ya todo estaba gobernado por ella, por esa mística que todos en la intimidad odiaban, pero que allí, a los pies de su cuerpo pálido e inabarcable, al alcance de sus ojos pequeños, todos seguían y practicaban. Entonces Voraz contó: cuando yo era pendeja fuimos a un arroyo en Arrecifes con mis viejos y mi hermanita. Comimos un asado que papá hizo con leña que recogió allí mismo. Cuando terminamos de comer, mi viejo y yo nos metimos hasta las rodillas en el arroyo; era otoño. Cantamos tangos y tiramos piedras al agua, jugamos a ver quién le daba a los camalotes. Mi vieja odiaba que yo fuera así, compinche con él. Entonces aprovechó la siesta de mi viejo y con un pretexto que no recuerdo, empezó a golpearme con una ramita, una rama de paraíso gruesa que aun estaba verde. Yo lloraba, le pedía por favor que parase. Podía ver a mi viejo, panza arriba bajo un sauce, y no se despertaba para detenerla.

Cuántas historias de esas revelaba Voraz, cómo fue recortando la vida de todos como fotografías de una revista, armando su cuento con un collage de dolores ajenos. Y todos nosotros, lagrimeando otra vez, interrumpiéndola

con humoradas tontas; después de todo para qué hacerlo, eso era lo que quería, ése era el aire que deseaba respirar y pretendía que todos lo hiciéramos.

Llegué a casa y dejé caer el cuerpo hasta sentir cada músculo, cada centímetro de la dermis adherido a la tela del sillón, hasta que los almohadones me tragarán. Quería que sillón silencio aire cuerpo fuera una masa informe, suspendida en una dimensión sólo entendida por mí, que todo fuera parte y la vez nada. Quería al menos borrar de mi cabeza la instantánea de la habitación de Voraz. Encendí el televisor. Una película. Lidia se arrodilla frente a una puerta de madera; se la ve tensa, inquieta. Detrás de esa puerta un toro bufante, azuzado por una picana, está a punto de arremeter lo que encuentre a su paso cuando lo liberen. Ella no se mueve, permanece quieta, aun cuando el animal está sobre ella, aun cuando los cuernos la revuelcan por la tierra y la sacuden como a una marioneta. Todo esto delante del niño de Valencia y de Grandinetti; delante de la gente que vibra, sonrío. Después en coma, flácida, continúa haciendo daño, existiendo hasta morir. Nadie esperaba la decisión de Lidia, ese giro que después va a perder relevancia con la verdadera historia, con el amor auténtico y delirante del otro protagonista; sólo bastaba decir la verdad, esperar que el dolor ajeno se disipara y volver a empezar.

Tampoco esperaba ese sonido, pero de alguna manera sabía que la sucesión de hechos que siguieron a la voz

de la vecina de Voraz en el teléfono, ocurrirían. La misma muerte es inevitable. Sólo el tiempo antes de ella es esperanza o fatalidad.

Tratándose de Voraz la muerte nunca era lejana, su olor estaba impregnado en la ropa, en el color de las paredes. Después de su primer intento recaló en casa algunos días. Era fría, distante, sin posesión del espacio, vagaba por el departamento en pijamas y descalza, dormía todas las tardes. Con el paso del tiempo todo a su alrededor fue tornándose pesado. Cómo decirle que se fuera. Lloraba cada noche, en el día reía por cualquier motivo. Fue tragándome como una boa. Se terminó mi living, mi lectura, mi ducha extendida, mi agujero fuera del mundo. Dos semanas después fue a la casa de Gloria, un año antes de su segundo intento.

Hasta la esquina era una calle de barrio como todas, anochecida en otoño, con las luces de los televisores destellando en las ventanas. El empedrado húmedo, el reflejo del mercurio sobre los charcos. Al doblar todo cambiaba. Las luces rojas y azules girando, la gente agolpada. Ese mismo día, esa misma tarde, nos habíamos ido de allí con el rol cumplido; habíamos planeado nuestra fuga con cuidado, con gestos, si vas para allá alcanzame con el auto, yo bajo con vos. Debajo de los diarios estaba Voraz, tantos papeles para cubrirla y dos o tres hojas tapando el hilo de sangre que buscaba caída por una escalera. Estaba allí, con nosotros devorados en su vientre, todos dentro de ella.

Leandro estaba entre la gente, mirando desconcertado. Fui a buscarlo con los brazos extendidos, necesitaba algo mío, familiar; necesitaba compartir con alguien que comprendiera esa imagen extraña y lógica. Cuando llegué hasta él sólo me dio la mano e hizo un gesto de resignación, como si le hubiera ganado una partida de cartas a un chico. Creo que no hubiera encontrado en ese momento una mejor comparación. Nos rebasaron los policías para llegar hasta el cuerpo y entonces recordé aquello que había imaginado, la enfermera despertando en ese mismo umbral, o acaso en la vereda en la que los paramédicos levantaban a Voraz en una camilla de acero. Pensé también que si no fuera por nosotros, nadie, absolutamente nadie, encontraría su apartamento.

Raro

A Emilio Bellon y a todos los amigos del Cairo

Vio los pies en la ranura de luz que dejaba el tope de la fosa y el paragolpes del auto, blancos y diáfanos, las sandalias doradas. Aun si no los hubiera visto lo habría presentido por el silencio que aplastó al taller, la radio que perdía volumen, la respiración de Alfredo que se escondía en el cuarto trasero, tratando de escaparse de una conversación que no le correspondía ni le importaba.

Se había olvidado del tiempo debajo del esqueleto del Renault y ella había ido a recordarle el horario de la cena con demasiada anticipación, como si fuera más difícil quitar la grasa y el olor a grasa de su cuerpo que de cualquier otro lado. Se fue y tras de ella emergió del foso, restregó sus manos en la mezcla de arena y detergente y la siguió de lejos, sabiendo ambos de la presencia del otro.

Se bañaron y se vistieron en silencio.

Llegaron juntos. Al entrar se aferraron a diferentes actitudes, a otros movimientos del cuerpo. Ella cruzó el umbral con una sonrisa, acertando nombres a los costados, abrazos exagerados. Había armonía de colores en su entrada, las manos alineadas al ritmo de los pasos, los dedos manchados con rojo oscuro, igual a las uñas de los pies y a los labios que resaltaban sobre el fondo

alunado de los pómulos. Entonces era irresistible tomarle las manos y besarlas, hacerlo con gracia y hasta con cierta maldad, disfrutando del contacto húmedo, de la intimidad fugaz del beso.

Él se refugió del entrevero de piel y de voces esperando en el zaguán, tratando que su mujer se llevara la marea humana hacia adelante para filtrarse por los intersticios del pasillo y perderse entre la gente, ser uno entre todos, mirando con aprehensión los adornos bávaros, las muñecas rusas, metáfora de lo que no eran los demás, nadie una persona dentro de otra, sino un solo ser, idéntico y predecible.

Helena esperaba los sábados como muchas mujeres esperan los quince años, el primer hijo, el mareo del amor en el estómago: creyendo estar al pie de la noche única, aun cuando el registro del pasado mostrara otra cena de lujo, con ropa de época, comida que nadie toca, las fotografías sepia de hechos que no ocurrieron. Era ese su momento, entre los amigos que contaban siempre las mismas anécdotas, cada vez más exageradas –fotos de hechos que no ocurrieron–, las carcajadas auténticas, porque nadie fingía su alegría en esa secuencia idéntica de los sábados en la que lo único que variaba era el espacio, la casa de Helena en Avenida del Rosario, la de los Villalonga en el centro, otra cualquiera de algún iniciado, amigo de terceros que a la semana ya estaba sonriendo a sus anchas, integrado a la compañía.

Desde la calle la casa era una caja de luz, una radio de pilas gastadas gimiendo voces y risas, proyectando en el empedrado las sombras fugaces que cruzaban por las ventanas.

En el extremo de la mesa, tras los cristales, las botellas que entibiaban la cerveza, un principiante –tres cenas, quizás menos– subía el tono de su relato para atraer las miradas. Helena indagó en su registro antes de preguntar el nombre, antes de violar una de las reglas de la memoria del grupo y desnudar el hábito burlón de motejar a los que no pertenecían al núcleo original –a ella le agradaba decir núcleo–. Así los nombres se perdían en la primera velada, y al fin de semana siguiente se sentaban a la mesa: corbata de payaso, la del lunar, dientes abiertos que, justamente esa misma noche, con cierta audacia y descaro, dejaba correr la voz sobre el mantel contando una historia que pretendía presentarlo como un hombre gracioso, simpático, inútilmente sociable. Dientes abiertos hablaba de la tormenta que había llegado a la ciudad esa misma tarde para envolver con el viento a los edificios castigados por el sol, a los árboles del Boulevard Oroño que quedaban brillosos y limpios de ramas y de hojas marchitas. El vendaval lo había sorprendido en el desamparo de un parque y todos en la mesa imaginaban, mientras la narración, el traje deshaciéndose en el viento, el trote ridículo –carcajadas– y el zapato surcando un arroyo pluvial, alejándose de la

mano desesperada, que ahora se sostenía sobre las copas con un gesto exagerado.

Helena buscó la complicidad del núcleo en la risa hastiosa de Gabriel, el anfitrión, que frente a ella mordía su labio desaprobando el concierto de risotadas que quebraba el comedor en el brillo animado de la noche, donde aun faltaban, más tarde, los segundos de silencio y moderación, el tramo apacible que sigue al esplendor.

Helena de diez años antes de esa reunión, o de cualquiera de los sábados que sucedían en su vida, hubiese pensado que eran un grupo de burgueses aburridos, preocupados por llegar al grotesco del desborde, en desahogar las risas escondidas en la tarde, y luego en que los demás escuchen su propias voces, comentando el sensible mensaje, o el tropiezo de alguna película, apuñalando con los cubiertos a los escritores, los artistas, los extraños. Helena, diez años atrás, antes de ser engañada por la sonrisa y los ojos transparentes de un hombre que escondía tras su virilidad una existencia ordinaria, esa antigua y lejana Helena hubiera preferido el efecto de un paseo por un callejón oscuro, del río quieto y dormido de la madrugada en el puerto.

Sin embargo la vida la había depositado allí, en el apogeo del desborde; la afónica inquietud de Sabina antes del coma, que no alcanzaba aun a aplacar el rumor, la explosión de las risas, el compás caótico de los platos. Sabina solía quedar cantando a solas entre las despedidas, cuando todo se había agotado y desde el parlante

sonaba entonces como un juicio exacto sobre la simulación.

Había algo en el trato de Gabriel, un cortejo medido y tímido, pero deliberado. Aprovechaba el manoteo sobre las nueces, el ritual del brindis o las pequeñas multitudes en los rincones del comedor para rozarla, para tomarle un dedo con los suyos, sólo por un segundo vertiginoso y eléctrico.

Sobre los sonidos que se entrelazaban con las voces y que aun respetaban el final de Sabina, otra música crecía desde la habitación continua con mayor fuerza y gracia; corría en el aire, entraba con autoridad en el ambiente vidrioso y desperejo. Ya algunos se miraban entre sí para adivinar la melodía, la caja necesaria para clasificar la belleza, tenerla quieta, cercana.

No había dudas de que era el piano del living, manos firmes y suaves que vacilaban quizá en algún paso, sin revertir el flujo de la hermosura, de la armonía. Cada pausa era un salto al vacío y la nota caía siempre erguida, con delicadeza y azar, como si todo fuera un intento milagrosamente exitoso.

A esa altura del tiempo y de la canción todos estaban encerrados en un silencio dulce. Gabriel, como los demás, ya inventariaba los nombres que rodeaban la mesa en la búsqueda del faltante, del que había escondido su talento hasta esa noche, y pensaba que él no hubiera podido planear con tanta eficacia el descubrimiento de esa virtud, dejar pasar tantos sábados resistiendo la

tentación de gritarlo, de forzar el tema para lograr la confesión triunfal e inesperada; como aquél libro de John Wyndham en donde un mundo de ciegos buscaba desesperadamente al único vidente.

En un principio Helena pensó en una posibilidad como se consideran en vano ciertas cosas imposibles, sólo por un compromiso estadístico –en otra circunstancia jamás lo hubiera sospechado–; no podía creer que fuera él, aunque la sensación que prodigaban los hechos lo sugería.

Ya empujaban las sillas con la cintura y caminaban en procesión hasta el living. Ella miraba como se inmolvaban frente a la música, asombrados luminosos, la música que seguro allí era profunda y estentórea, en ese instante en que la canción se cargaba de notas, arrancaba después de un sendero arbolado de agudos solitarios y tristes que habían engañado a todos para el siguiente puerto, que se abría con más colores, con mayor potencia.

El anfitrión se adelantó a Helena y antes de llegar al cuadro que ya se había revelado a los demás, la miró con incredulidad, con cierta ironía:

¿Es tu marido?

No, no es mi marido.

Con un gesto desdeñoso, con la alarma de lo inesperado.

Mi marido no diferencia una flauta de un tambor.

Después de contestar, casi con desprecio, llegó hasta el círculo. Asomó su cabeza por sobre las de sus amigos.

Empalideció. Con el color se fueron también la gracia y la sensualidad que tallaban en su cuerpo las miradas de los otros, las mismas que seguían atentas y maravilladas esa especie de milagro.

Un murmullo sin dueño quebró la quietud.

Es *Travel*, de Cold Play.

Los ojos colmados de lágrimas, la sonrisa infantil. Miraba a Helena para quitar algo de la observancia monstruosa y ávida de la multitud, un lugar más cercano y cálido que ese pequeño coliseo que lo animaba o lo creía animar con incredulidad y sorpresa.

Ella, mientras tanto, en un intervalo de lucidez que la apartó de ese rencor inexplicable que había despertado hacia su esposo, creía encontrar en los gestos de él cierta satisfacción anegada por la pena, por la angustia de estar rodeado de extraños en ese instante de descubrimiento. Está allí, pensaba, capturando la noche que tantos acechan –imaginaba una noche distinta, más predecible, con un público ordenado vitoreando frente a un escenario cercado por cortinas moradas–, años y vidas en busca de ese instante en el que la verdad gris, ineluctable, se cae de rodillas, sencillamente desaparece para dejar en el espacio el estallido de otra existencia; o sólo un hecho, una imagen que no dejará lugar jamás a otro recuerdo, que será el antes y el después, el hito.

Es *Desarma y sangra*, es la introducción, te acordás...?

Sí, pero la de antes, la de antes cuál era.

No había lugar para más palabras, no más que esos riesgos de adivinar entre una y otra melodía, pedazos de viento, golpes de nostalgia que se encimaron toda la noche (fue difícil para todos abandonar la casa, aún cuando la luz de las ventanas del living ya desnudaban las arrugas y los cuerpos pálidos, y recién con la sirena anacrónica de alguna fábrica, o los diarios que golpeaban la puerta, empezaron a agolparse los autos en el cordón para la retirada) y todo, absolutamente todo, era el silencio y la música como dos cuerpos que se apretaban sin fundirse para no ser uno o el otro.

El sol ganó la calle, el reflejo angustiante de los vasos sucios. El domingo iba a pasar, fugaz, como lo fue esa reunión, una entre tantas, hasta el recuerdo extraño y embriagante del esposo y el piano.

Creo que hay uno ahí, o varios. Cuando yo pasaba con la chata para dejar la mercadería en la cantina de adentro, los escuchaba. Creo que eran pianos, viste que suenan distinto.

Oía a Alfredo, su socio, y guardaba el dibujo del plano en su memoria. Lo hacía sin dudas, sin preguntas, confiándose a la descripción. Con la cabeza gacha y el pensamiento simulando otras cavilaciones –en realidad la única, la más significativa de toda su vida, era la búsqueda de una respuesta a lo sucedido la noche anterior– escuchaba una solución fácil y directa a su inquietud,

una solución que no tenía que ver con las razones ni con el misterio, sino con la urgencia y el deseo de repetirlo.

Apenas entrás, la primera puerta a tu izquierda, y me parece que los salones que yo te digo están arriba. No sigas de largo porque la que sigue es la de Psicología. Vos tenés que ir a Música.

Una hora más tarde, sentado en el trolebús, relajado por el andar suave y discreto, sentiría algo que pensaba nunca había experimentado, o quizá sí, y se encontraba ya olvidado, en el rincón de las cosas a las que su mente no le interesaba recurrir: un alivio, un triunfo, una inquietud infantil por ver cumplido un capricho, por alcanzar el tope de un tapial para espiar con comodidad.

Mientras la gente desfilaba por las veredas y pasaba junto a él con prisa, esquivando las tiendas, los revisiteros, mirando azorados el empedrado fingido a los pies del teatro, pensó que en aquella misión, en la obsesión mágica y casi demente que había comenzado en la casa de alguien a quien ni siquiera dirigía una palabra, estaba solo, completamente solo, y eso no lo disgustaba, sino todo lo contrario, lo hacía sentir satisfecho, feliz, aún recordando la incomodidad ante las miradas, aún cuando podía comprender la indiferencia de su mujer, su cara contra la ventanilla del taxi, la acusación velada y resentida.

Encontró un aula sin bancos, con un piano aliviando el vacío. Apoyó las manos con cuidado, esperando que nada hubiera cambiado –eso lo alegraba, ese deseo por-

que todo continuara, quizá lo demás ya no importaba, el taller, su familia, las cuotas del auto– y todo empezó como antes, el río se desbordó, avanzó desde un sitio profundo, desconocido, ya estaba otra vez en marcha y no se trataba de una posesión ni un trance; si hubiera querido explicarlo, no hubiera podido. Tenía control de todo, salvo de las notas que llegaban desde sus manos hasta las teclas. Tarareando y después, por conocerla, por hacer suya la letra en el canto, cantando despacio, más bajo que la música pero más fuerte que el resto de los sonidos que huían del mediodía.

Fuí como una lluvia de cenizas y fatigas en las horas resignadas de tu vida. Gota de vinagre derramada, fatalmente derramada, sobre todas tus heridas. Fuiste por mi culpa golondrina entre la nieve, rosa marchitada por la nube que no llueve, fuimos la esperanza, que no llega, que no alcanza, que no puede vislumbrar su tarde mansa.

Un hombre se acercó hasta la cola. No lo inquietó, lo creyó amigable, común a esa nueva realidad.

Fuimos el viajero que no llora, que no reza, que no implora, que se echó a morir.

La barba devoraba su cara, rodeaba con ansiedad los labios escondidos. Observaba concentrado cada movimiento del pianista, cada sonido desprendido de la escena.

¿Vos cómo estás nena?

Yo bien, tapada de laburo. Antes del martes tengo que entregar las notas del primer cuatrimestre y después tomar los exámenes. Lo usual a esta altura del año mamá, y después es igual, y fin de año es peor.

¿Y Marcelo? ¿Cómo anda Marcelo?

No sé mamá, que sé yo. Anda raro.

¿Cómo raro? ¿Qué le pasa?

Si, raro. No sé. El sábado fuimos a comer a la casa de Gabriel, con todos los chicos. Se quedó sentado en un rincón, mudo, como hace siempre. Después desapareció. Resulta que a la hora, más o menos, sentimos que alguien toca el piano en el living.

Aha

Empezaron a ir todos para allá y él no aparecía. Yo no lo podía creer.

¿Qué cosa?

¡Que era él, mamá! ¿No estás escuchando?

¿Él tocaba? No te puedo creer. ¿Y él sabe?

No mamá, en su vida tocó una nota. A Marcelo no le gusta la música. Mirá si va a saber tocar.

Qué sé yo nena. ¿Y tocaba bien?

Qué sé yo mamá, que importa eso. Está raro. Antes de ayer se fue del taller al mediodía y volvió a casa a las seis de la tarde. No sabemos dónde estuvo, ni siquiera a Alfredo le dijo. Le preguntás y no te dice nada.

El hombre, un profesor quizá, podía reconocer la Sonata patética, Pubis angelical, Nieblas del riachuelo.

No había técnica ni método, pero era perfecto, música inocente, pura.

¿Qué materias está cursando usted?

No contestó. Sonrió y sintió seguridad al hacerlo. Acaso fue la primera vez que se sintió seguro de algo, de tratar así con la gente, de atravesar la ciudad sin urgencia.

El poder y la pasión; Escena italiana; un primer plano de casas viejas, algo perdido, irrecuperable, apenas imágenes sueltas de personas que hablaban encima de la música, quizá otra película o alguna de las tantas que había escuchado en las reuniones con los amigos de Helena.

Continuó yendo todas las tardes, durante dos semanas. Decidió no hacerse preguntas ni responder las de los otros. Seguiría así, con esa improbable posibilidad de lo eterno zumbando en su cabeza.

Cuando está en casa mira películas todo el tiempo o escucha música en la computadora. Apenas me habla, está embobado, en otro lado. Cuando toco el tema se hace el pavo, ni mira.

Apretaría el tiempo de todo lo demás, lo inútil, lo que hasta esa noche era primordial. Afuera del taller, tras el jardín geométrico y prolijo de su casa, había un día cambiante, raro, un sendero de casa de pasillo, risas entrecortadas, papeles flotando sobre las pancartas hasta la facultad; o dos cuadras de miradas acusantes, de sospechas que asimilaba como un recurso del paisaje, sólo la

continuación de la línea de las ramas del paraíso que refrescaban la vereda hasta el salón parroquial, donde compartía una tertulia solitaria, té y polvorones, hasta entrada la noche. El cura insistía en pedirle determinadas canciones que él no lograba identificar (a veces acertaba sin saberlo y eso los alegraba, gritos de risa, un nuevo juego para ambos, un corte profundo en la rutina).

Uno de esos tantos días volvió de madrugada. Un frío inusual lo abrazó cuando abrió la puerta, un desierto de habitaciones vacías, ecos de sus propios pasos, de su respiración. Subió. La carta obvia estaba en su mesa de luz, junto al hueco donde alguna vez había estado su cama. Él ya la esperaba, acaso con cierto temor a otro cambio brusco, a otra realidad, pero con el mismo entusiasmo y anhelo con el que despertaba cada día desde ese domingo. Plegada sobre el vidrio, esperando la revelación, el golpe mortal para el que estaba escrita; y sin embargo las palabras iban a quedar allí, existirían sólo para los ojos nublados por el rencor, las palabras parejas y cuadradas que iban a quedar para siempre pegadas a un papel doblado en cuatro partes meticulosamente iguales, perdidas en la ignorancia del resto del mundo; aferradas, cada vez menos con el tiempo, a un recuerdo.

Volvió a la puerta de entrada. Miró el living vacío y recordó, como quien recuerda algo remoto –refrescándolo en el mismo instante que la memoria– la habilidad de medir con la vista, en abstracto, los espacios para encajar

los objetos. Imaginó la cola del piano llegando con prudencia a la pared, la butaca a metros del último escalón, tentándolo en las primeras horas, su cuerpo marrón y lustroso lejos del alcance de otros ojos en la ventana. Volvió a subir a su habitación y retiró toda la ropa del placard. Los abrigos, los trajes que ya no le entraban, las frazadas, la bolsa de dormir que no usaba desde sus años de soltero. Apiló todo sobre el piso y construyó un lecho. Se acostó agotado para esperar la mañana, y la mañana llegó después del sueño.

Índice

7 / Verdún
23 / Natación
37 / Payaso
43 / Códigos
55 / Aparecida
57 / Miles Davis
71 / Sirena
81 / Alfa Romeo
93 / Alacranes
103 / Voraz
111 / Raro

Se imprimió en Rosario en junio de 2011.